ETERIA

ITINERARIO

Prólogo, traducción y notas de

Juan Monteverde, S.D.B.

Serie
Los Santos Padres
N.º 31

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2006-1990
I.S.B.N.: 84-7770-188-1
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

EL ITINERARIO DE ETERIA

El itinerario de Eteria preocupó la atención de los eruditos de los últimos decenios. En la biblioteca del convento de Santa María de Arezzo (Italia), fue descubierto el códice manuscrito. El texto llegó mutilado e incompleto. Se llevaron a cabo sobre él reiterados estudios —históricos, litúrgicos y filológicos—, algunos de innegable valor. Varias ediciones han visto la luz desde la primera, que en 1887 publicara su descubridor, el sabio italiano J. F. Gamurrini. Se tradujo también a numerosos idiomas.

Para la presente versión nos sirvió de base el trabajo del P. Geyer, que ofrece una edición fidedigna del Itinerarium aetheriae en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum Latinorum,* Vol. XXXIX, Viena, 1898. En cuanto lo consintieron nuestras posibilidades bibliográficas, hemos también consultado los estudios y fuentes que ofrecen mayor credibilidad. No pretendemos brindar un trabajo exhaustivo, sino tan sólo presentar los documentos de la pujante espiritualidad descrita por Eteria.

Las nociones introductorias, que preceden la versión, han de facilitar su lectura y la comprensión del texto.

Ciudad de Eva Perón, fiesta de San Gregorio Magno, 1954.

J. M.

Nota: Hemos conservado la *enumeración marginal y la división de capítulos,* tal como se hallan en el texto; tan sólo hemos colocado los títulos para facilitar el manejo de la obra.

CARACTERES DE LA OBRA

Se trata de una relación de viaje. El recorrido abarcó las regiones del cercano Oriente: Sinaí, Egipto, Palestina y Asia Menor. Impulsan a Eteria el afán de venerar los recuerdos de Cristo y recorrer los sitios mencionados en el Antiguo Testamento, con los que entrelaza la vida de los personajes bíblicos. Se postra reverente ante los Santos Lugares, sigue las pisadas del Redentor, recorre el itinerario del pueblo escogido y de sus guías. Llega hasta el alto Egipto y la Tebaida con el fin de saturar su espíritu con el ambiente místico y ascético de los monasterios y de los eremitorios.

Lo observa todo y, con meticulosa prolijidad, lo consigna todo, para transfundir en el ánimo de sus hermanas las saludables impresiones recibidas. No busca centrar la atención en sí misma, ni atraer las miradas sobre su persona, sino sólo hacia la nobleza y santidad de lo consignado. En manera alguna puede decirse que se perdió en generalizaciones; aceptó sin más, inexactitudes o errores. No estamos frente a una relación veleidosa o sensacionalista. Refiere sólo cuanto ha observado con detenimiento. No pueden achacársele improvisaciones, aunque a veces menudeen las incorrecciones, debidas a la incompetencia de los informantes. Permaneció allá tres largos años en los que sin cesar recorre los sitios más diversos, interroga a personas competentes, se hace acompañar por quienes conocen el lugar, escucha las narraciones y leyendas ligadas a los distintos ambientes y se documenta leyendo las Escrituras y las Actas, que se les refieren.

Muestra estar familiarizada con la lengua hablada en esas regiones y no omite sacrificio para participar en largos oficios litúrgicos y ceremonias, y aun someterse a fatigosas caminatas y ascensiones para dar de todo relación ocular y precisa.

Nos place presentarla cual ejemplo útil de cómo se pueden aprovechar de los viajes y las peregrinaciones.

No debe primar en ellos un criterio personal y egoísta, sino además un deseo de hacer partícipes, a quienes no tuvieron oportunidades semejantes, de las bellezas, el espíritu, las tradiciones y la religiosidad observada en los lugares visitados. Hoy que nos encontramos de continuo con relaciones lamentablemente cargadas de personalismo y apriorismos, infundadas y carentes de ele-

mental honestidad, causa placer toparnos con estas viejas apuntaciones tan densas de verdad y probidad.

AUTORA

En un principio, por faltar las primeras páginas del manuscrito, se tituló esta obra *"Peregrinatio Silviae"*, atribuyéndoselo a Santa Silvia de Aquitania. Dom M. Ferotin, basado sobre todo en la carta *Ad monachos berdigenses* de San Valerio, prueba que la autora es la virgen Eteria, de Galicia. Al presente han fundamentado suficientemente esta opinión los estudios de Z. G. Villada y de otros eruditos.

Por cierto que se trata de una religiosa; pero no poseemos sobre su vida otros datos fuera de los que se deducen del Itinerario. No parece que viviera en comunidad, pues si exceptuamos algunas frases imprecisas del Papa Siricio (1), los primeros datos sobre los monasterios españoles, nos llegan de la segunda mitad del siglo V. El austero monje de Vierzo, el mencionado San Valerio, la llama *beatíssima sanctimonialis,* término que designa a las religiosas de vida común. Con todo, San Agustín afirma que en su tiempo este epíteto significaba "virgen consagrada" (2), y el cuarto Concilio de Toledo en su canon 56, el año 633, lo aplica también a las viudas que consagran a Dios su castidad, sin requerir de ellas vida común.

Es verdad que la autora se dirige a sus compañeras con marcada ternura: "Mis venerables señoras, mis hermanas, dueñas de mi alma, luz mía...", lo que denota la existencia de lazos comunes y trato familiar; pero no muestra con eso una dependencia jurídica muy estricta, pues de regreso a Constantinopla, después de tres largos años de ausencia sin manifestar mayor preocupación de reunirse con sus compañeras, cierra su diario planeando nuevas salidas.

Por ello nos inclinamos a creer que esta vinculación, más que de carácter monástico, tenga tan sólo significado ascético y sentimental. Es muy probable, pues, que Eteria no sea fruto de clausura o de comunidad cerrada, ni menos que haya sido abadesa o superiora —no lo consentirían sus largas ausencias—, sino más bien de ambiente cenobítico basado en la solidaridad y mutua comprensión.

En el mundo debió ser dama de gran prestigio, a juzgar por la deferencia que le dispensan tanto los obispos y los monjes, como las autoridades imperiales romanas y sus mismos acompañantes. Apoyan este parecer las enormes erogaciones que tan largos viajes debieron demandar. Quizá —y, como otros autores, nos encontramos en el terreno de lo conjetural— tuvo lazos de parentesco con el emperador Teodosio, también de origen gallego, o con alguno de los altos funcionarios de su corte.

El diario nos muestra una mujer perspicaz y piadosa, llena de aprecio y versación en las Sagradas Escrituras, que lee con solicitud en cada uno de los sitios visitados. Se muestra inquieta por ver cuánto puede dar pábulo a su devoción. En sus peregrinaciones va siempre acompañada por sacerdotes, con el fin de participar en el sacrificio eucarístico y de la comunión. Trata con familiaridad a los monjes, con quienes se siente íntimamente unida. Su devoción es pues intensa, aunque su espiritualidad adolezca de alguna superficialidad.

Crédula en extremo, jamás discute las afirmaciones de sus guías, dando así cabida en su escrito a incorrecciones y leyendas. Se llama a sí misma "curiosa" y "ávida de conocerlo todo" (3); de aquí la agudeza y minuciosidad en la narración y su capacidad de asombro ante las bellezas naturales y del espíritu.

La reciedumbre con que arrostra las más penosas ascensiones y travesías, hace suponer que se trate de persona en edad no muy avanzada.

ESTILO

Esta obra pertenece al "Latín vulgar". Como tal detenta imponderable valor. Es el latín hablado por la aristocracia hispano-romana. En la "Historia de España", que dirige Menéndez Pidal, se afirma que "Egeria (Eteria) (4) ha de colocarse con todo derecho al frente de las escritoras españolas" (5).

Los trabajos filológicos realizados desde la fecha de su descubrimiento en 1887 hasta hoy, son de notable importancia (6). No obstante haber sido escrito por una dama de elevada posición social, la lengua es la usual y común, la hablada en un ambiente y en una época muy olvidados de la Roma clásica. Abundan formas

y palabras bárbaras, errores de sintaxis en los casos y los modos e incorrecciones y pobreza de léxico; un lenguaje que carece de toda elegancia y colorido. La oración se deslíe en repeticiones, pleonasmos, vaguedades y sobrecargos que a veces dificultan notablemente la comprensión del sentido. Los momentos de mayor emoción son expresados por adjetivos manidos, como: inmenso, muy hermoso, bello... No parece vestigio alguno de cultura literaria, ni en la forma ni en las citas. Demuestra, en cambio, grande conocimiento y familiaridad con las Escrituras.

No obstante estas apreciaciones, al parecer aniquiladoras, trasciende del conjunto un innegable atractivo y una cautivante ingenuidad en la narración, que encanta al lector.

IMPORTANCIA

El valor de este diario nace de la venerable antigüedad de sus datos. Se refieren a tres asuntos igualmente respetables y santos: la Sagrada Escritura, la Liturgia de Jerusalén y la Catequesis. Constituye una fuente primordial para historiar la liturgia del Oriente, la arqueología de los Santos Lugares y la vida monástica en Egipto y en Palestina.

Todos los aportes litúrgicos, arqueológicos y escriturísticos, algunos de ellos de extraordinaria importancia, han sido ya señalados y aprovechados por las correspondientes disciplinas. Quizá mantengan gan aún toda su frescura primitiva y las afirmaciones y los datos sobre la catequesis y la instrucción a los catecúmenos; por ello los presentamos con particular interés. De su lectura, lo primero que se desprende es la seriedad y trascendencia entonces concedida a la instrucción catequística. Los datos corroboran idénticas afirmaciones de otras fuentes contemporáneas, sobre todo de las "Catequesis" de San Cirilo de Jerusalén.

Nada nos refiere de la preparación anterior al catecumenado, a veces extendida hasta dos y tres años. Expone sin retaceos y con brevedad cuanto se cumplía en las semanas de Cuaresma: el interrogatorio solemne, la inscripción llevada a cabo por el obispo ante testigos, los exorcismos, y, por fin, la catequesis como tal. Todos los días de ayuno, a continuación del oficio nocturno, el obispo personalmente enseñaba a los catecúmenos —y a los fieles que lo desea-

ban— por espacio de tres horas (desde las seis hasta las nueve de la mañana) la Escritura por entero, el Símbolo y los sacramentos. En las cinco primeras semanas, hacía la explanación de la Escritura; consagraba las dos semanas siguientes al Símbolo y después de la Semana Mayor (la Pascua) les revelaba el sentido misterioso de los tres sacramentos que recibirían en la noche de Pascua, a saber: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. El sentido y manera de estas explicaciones nos lo dan con mayor abundancia las citadas "Catequesis" de San Cirilo.

FECHA

Hasta el presente nos encontramos en pleno dominio de la hipótesis. La cronología que se desprende del diario nos ubica en los extremos, entre los que hemos de colocarlo.

El año 363 el emperador Joviano abandona a los persas la ciudad de Nísibe. Eteria (20, 12) constata que Nísibe se encuentra en poder de los persas. También afirma (17, 3) su paso por Antioquía; conocemos que Cosroes I destruyó esta ciudad en el año 538. De modo que no puede colocarse este Itinerario ni antes del 363 ni después del 538.

Nuestra autora habla de la carta de Abgar (19, 19). Eteria menciona una copia existente en su tierra, la que no parece ser otra que la traducción de Eusebio hecha por Rufino hacia el 398. Este dato circunscribirá aún más la fecha de este viaje, la que no podría colocarse sino a principios del siglo V.

Parece, por tanto, improbable la deducción presentada por Meister y seguida por varios, dilatándolo hasta el siglo VI. Creemos respetables y suficientemente basadas las opiniones que ubican esta obra a principios del siglo V (415) por coincidir con el florecimiento del monaquismo, del que es brillante testimonio este relato. Y más aún, si se supone que Eteria fuese parienta del emperador Teodosio.

MENSAJE DE ETERIA

Actualmente asistimos a un alentador despertar de los estudios eclesiásticos y a una valoración cada día más creciente de los

principios formativos. Acertadamente es también mayor el recurso a las fuentes primigenias y al conocimiento de la profunda espiritualidad vivida en la época de los Padres, de lo cual el Itinerario de Eteria es una prueba indiscutible. Tales constataciones han de llenarnos de gozo e infundirnos esperanzas de que quizá pronto pueda también afirmarse de los cristianos de hoy, lo que nuestra autora decía de los de su tiempo, que aquí todos eran capaces de entender las Escrituras porque todos habían sido adecuadamente instruidos (7).

Creemos que solamente una piedad ilustrada pueda ayudarnos a afrontar con eficacia y competencia la crisis de valores que nos ahoga. En el acercamiento a Cristo y la aceptación de la plenitud de su mensaje, radica la salvación del mundo actual: "Instaurarlo todo en Cristo" (8). De este modo se transformó el mundo pagano y se estructuraron aquellas recias comunidades de la iglesia primera —como las descritas en este diario— que alimentaron la vitalidad de siglos de Cristianismo.

JUAN MONTEVERDE, S.D.B.

NOTAS

1. *Epist. I Siricii ad Himerium,* P. L. XIII, c. 1137.
2. San Agustín, *De sancta virginitate;* P. L., XL, 428.
3. *Vide* 16, 3; 10, 9.
4. Cf. Dom A. Wilmart, *Egeria, "Revue bénédictine",* 1913; t. XXX, p. 174.
5. Cf. Menéndez y Pidal, R., *Historia de España,* III, 559.
6. Cf. sobre el *Philologisher Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae,* de Löfstedt, Uspala, 1911; algunos de cuyos consejos sobre la manera de traducir ciertas frases y evitar la pobreza del estilo hemos tratado de actualizar.
7. Cf. 46, 3.
8. *Efesios,* 1, 10.

BIBLIOGRAFIA

GEYER, *Silviae qua fertur peregrinatio ad loca sancta, Corpus scriptorum eccl. lat.,* T. XXXIX. Viena, 1894.

ZACARIAS GARCIA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España.*

DOM M. FEROTIN, *Le véritable auteur de la "Peregrinatio Silviae", La vierge espagnole Etheria.* París, Cerf. 1948.
H. PETRE, *Etherie, journal du voyage.* París, Cerf., 1948.

Para consultas y aclaraciones:

Dictionaires de archélogie chretienne et de liturgie (Cabrol-Leclerq).
Dictionnaires de la Bible (F. Vigouroux).
Analecta Bollandistrarum, T. XXX y XXIX.
F. M. ABEL, *Geographie de la Palestine.* París, J. Gabalda, 1933.
A. FERNANDEZ, *Problemas de topografía palestinense.* Ed. Litúrgica Española. Barcelona, 1936.

PRIMERA PARTE

EXCURSIONES

I. Llegada al Monte Sinaí (1)

.....

1. Se nos mostró todo de acuerdo con las Escrituras. Mientras tanto, de camino, llegamos a cierto lugar, en que las montañas —entre las que avanzábamos— separábanse y formaban un valle grandísimo y muy extenso, plano y sobremanera bello (2). Detrás aparecía el Sinaí, el monte santo de Dios.

2. Este lugar, donde se separan las montañas, se une con aquel otro en el que se encuentran "las tumbas de la concupiscencia" (Nos, 11, 34) (3). Llegados allí, los guías, aquellos santos varones (4), que iban con nosotros, nos advirtieron diciendo: "Hay costumbre entre los que vienen, de hacer oración al ver desde este lugar por primera vez el monte santo de Dios". Y así lo hicimos.

Aquel lugar distaba del monte de Dios alrededor de cuatro millas en total, a través del valle que he llamado inmenso (5).

II. El valle

1. Este valle es en verdad inmenso. Se extiende desde las laderas del monte de Dios. Su amplitud, según pudimos apreciar a simple vista —ellos por su parte nos lo ratificaron—, abarca unos 16.000 pasos a lo largo y alrededor de 4.000 a lo ancho (6).

2. Debíamos atravesarlo para alcanzar el monte. Este es el extenso y planísimo valle en el que moraron los hijos de Israel mientras San Moisés ascendió al monte del Señor, permaneciendo en él cuarenta días y cuarenta noches (Exod., 24, 18). En este valle se fabricó el becerro (Exod., 32, 4), y hoy se muestra todavía el sitio con una gran piedra fija en el lugar. En la extremidad de este mismo valle se encuentra el lugar donde, al apacentar San Moisés los rebaños de su suegro, le habló Dios por dos veces desde zarza en llamas (Exod., 3, 1 y sigs.).

3. Según la ruta establecida, debíamos subir ante todo al monte de Dios, visible desde allí. La ascensión resultaba hacedera por donde veníamos y también podríamos descender hasta el extremo del valle, donde se halla la zarza, pues por ese lado la bajada del monte de Dios es bastante más fácil.

He aquí, pues, lo que determinamos: después que hubiésemos contemplado cuanto deseábamos ver, descenderíamos a la montaña de Dios llegando hasta el lugar de la zarza, y luego, atravesando a lo largo todo el valle por el medio, volveríamos al camino en compañía de los siervos de Dios que nos mostraban todos los lugares mencionados en las Escrituras. Y así se hizo.

4. Saliendo del lugar, donde al llegar de Farán habíamos hecho oración, caminamos para atravesar por el medio al valle en todo su largo (7). De este modo nos acercamos a la montaña del Señor.

El Sinaí

5. La montaña vista desde los alrededores parece que fuese una sola. Sin embargo, al penetrar se ven varios picos. El conjunto es llamado monte de Dios y en manera especial aquel sobre cuya cumbre descendió la majestad de Dios (Exod., 19, 18 y 20; 24, 16), y que se encuentra en el centro de todos. Como está escrito (8).

6. Y no obstante la altura de los montes que están a su alrededor, pues no creo haber visto iguales, el del medio —sobre el que descendió la majestad de Dios— es mucho más alto que los demás. De tal manera que después de haberlo subido, los otros sin excepción quedaban completamente debajo de nosotros, cual si fueran colinitas minúsculas.

7. Hay por cierto en esto algo de admirable que creo no puede explicarse sin la gracia de Dios. Pues siendo la más alta de todas las montañas, la del medio —la que en modo especial lleva el nombre de Sinaí y sobre la cual descendió la majestad de Dios—no obstante, sólo puede ser vista al llegar a sus pies antes de escalarla. Y cuando se desciende, después de haber satisfecho el deseo, entonces sólo se la ve de frente; lo cual no puede hacerse antes de subirla. Conocía por referencia de los hermanos esta particularidad ya antes de llegar, pero entonces constaté que era así realmente.

III. Subida al monte Sinaí

1. El sábado por la tarde penetramos en las montañas y llegamos a los monasterios (9). Los monjes, que en ellos moraban,

nos recibieron muy amablemente, cumpliendo con nosotros los deberes de la hospitalidad (10). Existe en ese lugar una iglesia con su sacerdote.

Allí pasamos la noche. El domingo de madrugada, con el sacerdote y los monjes que allí vivían, comenzamos a ascender, uno tras otro, los montes. Se escalan con extrema dificultad porque no se los sube de a poco y dando vueltas —o como decimos, en caracol—, sino que cada ladera se debe subir y bajar en derechura, como a lo largo de un muro, hasta llegar al pie mismo de aquel del centro, el Sinaí propiamente dicho.

2. Y así, según la voluntad de Cristo nuestro Dios y ayudada por las plegarias de los santos que nos acompañaban, yo caminaba con harto trabajo por cierto, pues me veía obligada a subir a pie (era del todo imposible hacerlo en silla); sin embargo, el cansancio no lo sentía en parte al ver que se cumplía mi deseo, según la voluntad de Dios. A la hora cuarta (a las 10), llegamos a la cumbre del Sinaí, la montaña santa de Dios, donde se promulgó la ley, es decir, el lugar al que descendió la majestad del Señor el día que la montaña humeaba (Exod., 19, 18).

3. En este lugar existe hoy una iglesia no muy amplia, pues el lugar mismo, la cumbre del monte, no lo es mucho. La iglesia en sí misma tiene singular belleza.

4. Habiendo, pues, con la ayuda de Dios, subido hasta la cumbre y llegado a la puerta de la iglesia, he aquí que viene a nuestro encuentro, saliendo de su monasterio, el sacerdote que atendía la iglesia. Era un anciano venerable, monje desde la edad primera; como aquí dicen, un asceta (11). Y ¿qué más? Que era un hombre digno de hallarse en ese lugar. Vinieron también a nuestro encuentro otros sacerdotes, como asimismo todos los monjes que moraban junto a la montaña, con excepción de aquellos cuya debilidad o edad se lo impedían.

5. Sobre la cumbre misma del monte del centro no vive nadie. Sólo hay una iglesia y la gruta donde moró San Moisés.

6. Leímos todo el pasaje del libro de Moisés (Exod., 19 y ss.), hicimos la oblación según lo prescrito y comulgamos (12). No bien salimos de la iglesia, los sacerdotes del lugar nos ofrecieron las "eulogias"; a saber, manzanas que nacen en el monte (13). La santa montaña del Sinaí no tiene arbustos por ser muy petrosa; pero abajo, al pie de los montes, tanto del que está en el medio

como de los que lo rodean, hay un poco de tierra. Con gran diligencia los monjes plantan algunos arbustos y preparan pequeñas huertas y cultivos, junto a sus monasterios, y obtienen algunos frutos con el trabajo de sus manos.

7. Una vez hubimos comulgado y recibido las eulogias de aquellos santos varones, al franquear las puertas de la iglesia les pedí que nos mostraran los lugares; lo que hicieron de inmediato. Nos indicaron así la gruta donde estuvo San Moisés cuando por segunda vez ascendió al monte de Dios para recibir nuevamente las tablas (Exod., 34, 1, 2), después de haber quebrado las primeras, a causa del pecado del pueblo (Exod., 32, 19). También se dignaron mostrarnos los demás lugares que deseábamos ver o que ellos presumían de mayor interés para nosotros.

8. Venerables señoras (14), hermanas mías. Deseo haceros notar que desde el lugar en el que nos encontrábamos —es decir, alrededor de los muros de la iglesia levantada en la cumbre del monte central— divisábamos abajo los montes que con tanta dificultad habíamos subido primero. Comparados con la montaña del medio sobre la que estábamos, semejaban colinitas, siendo con todo tan inmensos que no creo haberlos visto más altos, a no ser la del centro, que los sobrepasaba extraordinariamente. Egipto, Palestina, el Mar Rojo, el Mar Parténico (15), que va hacia Alejandría y. en fin, el país de los sarracenos que se extiende infinitamente; todo eso, apenas puede creerse, lo veíamos a nuestros pies. Cada una de todas estas cosas nos las señalaban aquellos santos varones.

IV. El monte Horeb

1. Cumplidos los deseos que nos incitaron a subir, descendimos desde la cumbre del monte de Dios hasta otra montaña colindante llamada Horeb (16).

2. Hay allí una iglesia. En el monte Horeb estuvo el santo profeta Elías cuando huyó de la presencia del rey Acab. Dios le habló allí diciéndole: "¿Qué haces aquí, Elías?", como está escrito en los libros de los Reyes (III Rey., 19, 9).

La gruta donde se escondió Elías se señala, todavía hoy, delante de la puerta de la iglesia. Puede verse también el altar de

piedra que levantó Elías para ofrecer un sacrificio a Dios. Los santos varones se dignaron mostrarnos cada cosa.

3. Hicimos allí la oblación y una plegaria ferviente y se leyó el pasaje del libro de los Reyes. Acostumbrábamos, en efecto, que una vez llegados a aquellos sitios que habíamos deseado ver, se leyese siempre el pasaje correspondiente de la Biblia.

4. Después de haber hecho la oblación, nos dirigimos a un lugar no muy alejado que nos señalaron los sacerdotes y los monjes, donde había estado San Aarón con los sesenta ancianos, mientras San Moisés recibía del Señor la ley para los hijos de Israel (Exod., 24, 9-14). Aunque no existe construcción alguna, se encuentra en ese lugar una enorme piedra circular, plana por arriba. Allí permanecieron, según dicen, aquellos santos varones. En el centro se conserva una especie de altar construido con piedras. Se leyó el pasaje del libro de Moisés y se entonó un salmo apropiado al sitio, y terminada la oración, descendimos.

5. A todo esto era casi la hora octava (las 14) y aún nos quedaban tres millas (17) para salir enteramente de entre las montañas a las que habíamos penetrado el día anterior por la tarde. Pero no salimos por donde habíamos entrado, como dije más arriba, pues debíamos recorrer todos los lugares santos y visitar los monasterios que allí se encontraban; y salir por la extremidad de aquel valle, del que hablé anteriormente, que se extiende a los pies de la montaña de Dios.

6. Debíamos, pues, salir por esa extremidad porque había allí muchos monasterios de hombres santos y una iglesia donde se encuentra la zarza, la cual vive todavía hoy y produce brotes (18).

La zarza

7. Luego de bajar de la montaña de Dios, cerca de la hora décima (las 16), llegamos junto a la zarza. Esta es, pues, la zarza que mencioné anteriormente desde la cual el Señor habló a Moisés en el fuego. Está en un sitio donde se levantan numerosos monasterios y una iglesia en el extremo del valle. Delante de la iglesia hay un muy hermoso jardín que tiene agua excelente y abundante. En este jardín está la zarza.

8. Muy cerca, se enseña el lugar donde estuvo San Moisés, cuando Dios le dijo: "Desata la correa de tu calzado" (Exod., 3, 5). Cuando llegamos al sitio era ya la hora décima, y como se hacía tarde no pudimos ofrecer la oblación; pero sí una oración en la iglesia y también en el jardín junto a la zarza. Leímos asimismo el pasaje correspondiente del libro de Moisés, según la costumbre. Y dado que era tarde, tomamos una refección en el lugar, delante de la zarza y en compañía de aquellos santos; luego hicimos nuestro campamento. Al día siguiente, despiertos muy de madrugada, rogamos a los sacerdotes que realizaran la oblación; y así fue hecho.

V. Otros recuerdos bíblicos

1. Según el camino establecido, debíamos atravesar el valle por el medio en sentido longitudinal. Se trata del valle del que hablé más arriba, donde se instalaron los hijos de Israel mientras Moisés subía al monte de Dios y descendía de él. Sucesivamente, a medida que nosotros atravesábamos el valle por entero, los santos varones nos iban señalando de continuo los distintos lugares.

2. Completamente en la extremidad del valle, en el sitio donde habíamos acampado y visto la zarza desde la que Dios habló a Moisés en el fuego, pudimos ver también el lugar donde Moisés estuvo delante de la zarza, cuando Dios dijo: "Desata la correa de tu calzado, porque el sitio que pisas es tierra santa" (Exod., 3, 5).

3. Después de abandonar la zarza, también en los demás lugares nos explicaron todo. Nos indicaron el ámbito donde estuvo el campamento de los hijos de Israel durante los días que San Moisés permaneció sobre la montaña. Nos señalaron el sitio donde se fabricó el becerro, en cuyo emplazamiento se yergue todavía hoy una gran piedra.

4. A medida que avanzábamos veíamos de frente la cumbre que domina todo el valle, desde la que Moisés vio danzar a los hijos de Israel los días que fabricaron el becerro. También nos señalaron una enorme piedra en el lugar donde descendió Moisés con Josué, hijo de Nave, contra la que rompió airado las tablas que llevaba (Exod., 32, 19).

5. Nos hicieron notar cómo, en el valle, todos habían tenido su habitación, cuyos cimientos pueden verse todavía hoy formando un contorno de piedra. Y luego el sitio donde San Moisés obligó a los hijos de Israel a correr "de puerta en puerta" al regresar de la montaña (Exod., 32, 27).

6. Y el lugar en que por su orden fue destruido el becerro que les había fabricado Aarón (Exod., 32, 20), Del mismo modo, el torrente del que Moisés hizo beber a los israelitas, como está escrito en el Exodo (17, 5-6).

7. Indicaron también el lugar donde los setenta hombres recibieron el espíritu de Moisés (Num., 11, 25); y el sitio en que los hijos de Israel se inflamaron de codicia por los alimentos (Num., 11-4).

Nos mostraron asimismo el lugar que fue llamado "incendio" porque se abrasó parte del campamento (Num., 11, 1-3); fuego que cesó por efecto de la plegaria de San Moisés.

8. También el sitio donde llovió sobre ellos el maná y las codornices (Exod., 16, 13-14). Y así nos fueron señalando cada cosa, de acuerdo a lo que está escrito en los santos libros de Moisés y que acontecieron en este lugar, es decir, en el valle que se extiende, como les dije, al pie de la montaña de Dios, el santo Sinaí.

Escribir todo detalladamente sería demasiado extenso y no se podrían retener tantos pormenores; pero si vuestra caridad lee los libros santos de Moisés verá con mayor exactitud cuánto allí aconteció.

9. En este mismo valle se celebró la Pascua al cumplirse el año de la salida de los hijos de Israel de la tiera de Egipto (Num., 9, 1-5). Pues allí demoraron bastante, hasta que Moisés subiera a la montaña de Dios y descendiera una y otra vez. En él se detuvieron, de nuevo mientras se construyó el tabernáculo y todo lo que se le había revelado en la montaña de Dios (Exod., 40, 17). Porque se nos indicó también el lugar donde por primera vez Moisés construyó el tabernáculo y donde se acabaron todas aquellos cosa que Dios, en la montaña, había ordenado a Moisés que hiciese.

10. Vimos igualmente en el límite opuesto del valle "las tumbas de la concupiscencia". Me refiero al lugar donde volvimos a encontrar nuestro camino; y al salir del extenso valle, retomamos la ruta por la que habíamos venido entre las montañas de las que antes hablé.

10. Vimos igualmente en el límite opuesto del valle "las tumbas de la concupiscencia". Me refiero al lugar donde volvimos a encontrar nuestro camino; y al salir del extenso valle, retomamos la ruta por la que habíamos venido entre las montañas de las que antes hablé.

Ese día, visitamos también otros monjes muy santos, que por razón de su edad y las pocas fuerzas no habían podido subir hasta el monte de Dios para realizar la oblación. A nuestra llegada se dignaron brindarnos la más hospitalaria acogida.

11. Habíamos, pues, visto todos los lugares santos que pudimos haber deseado, en especial aquellos por los que peregrinaron los hijos de Israel, tanto a la ida como al regreso de la montaña de Dios. Habiendo saludado a los santos varones que moraban allí, en nombre de Dios regresamos a Farán.

12. Yo sé que debo siempre y en todo dar gracias a Dios. Me refiero a las muchas gracias que se dignó concederme al permitirme, indigna como soy y sin méritos, recorrer todos los lugares que no merecía ver. También me refiero a esos santos varones, a quienes nunca agradeceré lo bastante el haberse dignado recibir con benevolencia mi humilde persona en sus monasterios y conducirme a todos los lugares que yo quería ver, indicados en las Escrituras. Muchos de esos santos, que moran en el monte de Dios o en sus aledaños, se dignaron acompañarnos hasta Farán, al menos los más robustos.

VI. De Farán a Clysma

1. Al llegar a Farán, situado a treinta y cinco millas (19) de la montaña de Dios, debimos detenernos dos días para reposar. Salimos temprano el día tercero y llegamos a la etapa del desierto de Farán, donde, como dije más arriba, nos detuvimos al venir. Al día siguiente, completadas nuestras reservas de agua, andando todavía un trecho entre las montañas, llegamos al descanso situado al borde del mar. Allí se sale de entre las montañas y se camina enteramente junto al mar; pero no del todo, pues tan pronto las olas golpean las patas de los animales como se camina a cien, doscientos y, a veces, aún a más de quinientos pasos del mar por el desierto (20). Allí no existe camino alguno, sino que por doquiera campean desiertos de arena.

2. Los faranitas acostumbran andar con sus camellos y colocar señales de lugar en lugar y, según ellas, viajan durante el día. Por la noche los camellos observan las señales; y de este modo, por el hábito adquirido, los habitantes de Farán andan durante la noche con mayor exactitud y seguridad que lo que podrían hacer otros en regiones donde existen rutas bien trazadas.

3. Salimos luego de entre las montañas, hacia el lugar por el que habíamos penetrado a la ida y nos acercamos de nuevo al mar. Los hijos de Israel, al retorno de la montaña de Dios, el Sinaí, hasta este lugar, regresaron por el mismo camino por el que habían ido, esto es, hasta el sitio donde nosotros salimos de entre las montañas y nos juntamos con el Mar Rojo (21). Allí retomamos la ruta por la que habíamos venido, mientras que los hijos de Israel, al partir del mismo lugar —según está escrito en el libro de Moisés (Núm. 10, 12 y 33, 36)— avanzaron por su camino. Empero, nosotros regresamos a Clysma (22) por la misma ruta e iguales etapas que a la ida. Llegados a Clysma, debimos reposar, pues habíamos andado mucho entre las arenas del desierto.

VII. De Clysma a Arabia

1. Yo ya conocía la tierra de Gosén. A su través me había encaminado anteriormente al Egipto. Sin embargo, con el fin de observar detenidamente los lugares por donde habían pasado los hijos de Israel desde su partida de Ramesés, hasta su llegada al Mar Rojo —al sitio que hoy se llama Clysma, a causa del fortín que allí se encuentra—, deseaba que saliésemos desde Clysma a la tierra de Gosén, esto es, a la ciudad denominada Arabia, situada en la tierra de Gosén; pues así se llama parte de Egipto, aunque es harto mejor que todo él (Gén., 46, 34 y 47, 6).

2. Desde Clysma —esto es, desde el Mar Rojo— hasta la ciudad de Arabia hay cuatro etapas a través del desierto. No obstante su carácter desértico, en cada etapa se encontraban campamentos con soldados y oficiales (23), los cuales siempre nos escoltaron de un fuerte a otro. Durante el camino, los santos varones que nos acompañaban, clérigos y monjes, nos señalaron todos los sitios que yo, de acuerdo con la Escritura, les

pedía. De estos lugares, algunos se encontraban a la izquierda y otros a la derecha de nuestro camino; ya muy lejos de la ruta, ya bien cerca de ella.

3. Deseo que vuestra caridad me crea; los hijos de Israel —según pude comprender— avanzaron de este modo: lo que adelantaban a la derecha lo retrocedíana la izquierda, tanto avanzaban cuanto desandaban. De este modo llegaron al Mar rojo (Exod., 14, 2) (24).

4. Nos mostraron a Epauleo, que estaba a nuestro frente y estuvimos en Magdalum (25). Pues existe ahora allí un fuerte en manos de un oficial y soldados que lo gobiernan en nombre de la autoridad romana.

Nos escoltaron, como de costumbre, hasta el otro fuerte y observamos la ubicación de Belsefón (26). Nos detuvimos en ella. Se trata de una llanura al borde del Mar Rojo a los flancos del monte arriba mencionado. Allí los israelitas dieron gritos al ver a los egipcios que los seguían (Exod., 14, 10).

5. De igual modo se nos señaló Otón (27), que está junto al desierto, como se halla escrito (Exod., 13, 20). También a Sucot (Exod., 12, 37), que se reduce a un montículo en medio del valle (28). En esta colina los hijos de Israel establecieron su campamento y allí fue ordenada la ley de Pascua (Exod., 12, 43).

6. En el mismo trayecto vimos la ciudad de Pithón. Fue contruida por los israelitas (Exodo, 1, 11) en el lugar por donde penetramos en el territorio de Egipto al abandonar el país de los sarracenos. Pithón es ahora un fuerte.

7. Heroópolis, que fuera una ciudad en los tiempos en que José fue al encuentro de su padre Jacob, como se describe en el libro del Génesis (46, 29), es hoy una aldea, pero muy grande, como las que nosotros denominamos villa (29). Tiene una iglesia, y *martiria* (30), y un gran número de monasterios de santos monjes. Para verlo todo, fue necesario descender a ese lugar, según nuestra costumbre.

8. Esta villa se llama hoy Hero y se encuentra a dieciséis millas (31) de la tierra de Gosén en el territorio de Egipto. Es un lugar bastante agradable, pues por ahí corre un brazo del Nilo.

9. Luego, habiendo dejado Hero, llegamos a una población llamada Arabia, que es una ciudad de la tierra de Gosén (32). De este modo se explican las palabras del Faraón a José: "Establece

a tu padre y hermanos en la mejor tierra de Egipto, en la región de Gosén, en la tierra de Arabia" (Gén., 47, 6).

VIII. Ramesés

1. Entre la ciudad de Arabia y Ramesés hay unos cuatro mil pasos (33). Para llegar a la etapa de Arabia, pasamos por el centro de Ramesés. Esta ciudad se reduce ahora a una llanura donde no se encuentra ni una sola morada. Se nota que su antiguo contorno era inmenso y con muchos edificios. Todavía hoy sus ruinas parecen infinitas.

2. Ahora sólo existe una enorme piedra de Tebas, sobre la cual se destacan en relieve dos estatuas gigantescas que, según dicen, representan a los dos santos varones, Moisés y Aarón. Se afirma que los israelitas las erigieron en su honor.

3. También existe allí un árbol de sicomoro (34). Aseguran que lo plantaron los patriarcas. Con ser ya muy viejo y muy pequeño, sin embargo aún da frutos. Cuando sienten indisposición se acercan a él, tocan sus ramas y se mejoran.

4. Esto nos lo aseguró el santo obispo de Arabia, quien nos dio también el nombre del árbol. En griego se lo llama: *dendros alethiae,* lo que entre nosotros significa "árbol de la verdad".

Este santo obispo, no obstante ser muy anciano, se dignó venir a nuestro encuentro en Ramesés. Se trata de un viejo monje, de veras piadoso y amable, muy acogedor de peregrinos y eruditísimo en las escrituras de Dios.

5. Quiso molestarse y, viniendo a nuestro encuentro, nos indicó todo lo que allí había, narrando la historia de las estatuas de las que les hablé, como también la del sicomoro. El santo obispo nos refirió también que al advertir el Faraón que los israelitas lo habían abandonado, entonces, antes de lanzarse en su persecución, penetró con todo su ejército en Ramesés y quemó enteramente la ciudad, que era inmensa; y desde allí partió en persecución de los hijos de Israel.

IX. Arabia

1. Por una feliz coincidencia, el día que llegamos a la etapa de Arabia, era la vigilia de la dichosa fiesta de Epifanía. La vigilia debía celebrarse en la iglesia (35). El santo obispo nos retuvo por dos días. Se trataba de un santo y de un verdadero hombre de Dios, a quien conocía desde cuando yo fuera a la Tebaida.

2. Este santo obispo es un antiguo monje criado desde su niñez en un monasterio. Por esto es tan erudito en las Escrituras y tan irreprochable su vida, como tengo dicho.

3. En ese momento despedimos a los soldados que nos habían prestado ayuda en nombre de la autoridad romana, pues habíamos andado por regiones sospechosas. Ahora nos encontrábamos en la amplia ruta de Egipto, la que pasa por la ciudad de Arabia y conduce desde la Tebaida a Pelusio. Por tanto, ya no se requería molestar a los soldados.

La tierra de Gosén

4. Saliendo de allí atravesamos toda la tierra de Gosén, siempre entre viñedos que dan vino, y viñas que brindan bálsamo; entre vergeles, campos bien cultivados, hermosos jardines al borde del Nilo, entre los riquísimos dominios que en otro tiempo habían sido propiedad de los hijos de Israel. ¿Qué más diré? Creo que no he visto en ninguna parte país más encantador que la tierra de Gosén (36).

5. De la ciudad de Arabia, después de dos días de camino, siempre a través de la tierra de Gosén, llegamos a la ciudad de Tanis, en la que nació Moisés. Esta ciudad en tiempos anteriores se consideró la metrópolis del Faraón (37).

6. Aunque conocía esos parajes, según dije, desde mi permanencia en Alejandría y en la Tebaida, sin embargo, como quería observar detenidamente los lugares por donde habían pasado los hijos de Israel yendo desde Ramesés a la santa montaña de Dios, el Sinaí, se requería regresar otra vez a tierra de Gosén y luego a Tanis. Por ruta conocida, desde Tanis llegué a Pelusio (38).

7. , De donde volviendo a salir y peregrinando por cada una de las etapas de Egipto por las que habíamos transitado, llegué a

las fronteras de Palestina. Luego en nombre de Cristo nuestro Dios, realizando algunas etapas todavía a través de Palestina, entré en Elia, o sea, en Jerusalén (39).

X. El monte Nebo

1. Transcurriendo cierto tiempo y queriéndolo Dios, tuve deseos de llegarme nuevamente hasta Arabia, al monte Nebo. Allí ordenó Dios a Moisés que lo ascendiera, diciéndole: "Sube a las montañas Arabot (40), al monte Nebo, que domina la tierra de Moab, frente a Jericó y mira la tierra de Canaán, que Yo le otorgo en posesión a los hijos de Israel. Tú morirás sobre la montaña que vas a escalar" (Deut., 32, 49-50).

2. Así, pues, Jesús nuestro Dios, que no abandona a los que en El esperan, se dignó también esta vez otorgarme el cumplimiento de mi deseo.

3. Al salir de Jerusalén en compañía de santos varones —es decir, con un sacerdote, diácono de Jerusalén y con algunos hermanos o monjes— llegamos al lugar por el cual los hijos de Israel habían vadeado el río Jordán cuando San Josué, hijo de Nave, se lo hizo cruzar; como se narra en el libro de Josué (3 y 4). También se nos indicó el lugar, un tanto más arriba, donde los hijos de Rubén y de Gad y la media tribu de Manasés, erigieron un altar en la margen, en que se levanta Jericó (Jos., 22, 10-34).

4. Atravesando, pues, el río, llegamos a una ciudad llamada Livias, situada en la llanura donde en aquel tiempo los israelitas establecieron sus tiendas. Puede verse allí todavía los cimientos de las tiendas y de las habitaciones en las que moraron. Esta llanura se extiende infinitamente al pie de la montaña de Arabia sobre las márgenes del Jordán. De este sitio se escribió: "Los hijos de Israel lloraron a Moisés en las llanuras de Moad y del Jordán, frente a Jericó, durante cuarenta días" (Deut., 34, 8).

5. También en ese lugar, inmediatamente después de la desaparición de Moisés, Josué, hijo de Nave, fue lleno del espíritu de ciencia, pues, como está escrito, Moisés había puesto las manos sobre él (Deut., 34, 9).

6. En el mismo lugar escribió Moisés el libro del Deuteronomio (Deut., 31, 24). También allí, Moisés pronunció a los oídos

de toda la asamblea de Israel, las palabras del cántico hasta el fin (Deut., 31, 30 y 32, 1-43); el cántico está escrito en el libro del Deuteronomio. En este lugar San Moisés, hombre de Dios, bendijo a los hijos de Israel, tribu por tribu, una tras otra, antes de su muerte (Deut., 33).

7. Cuando llegamos a la llanura nos acercamos a ese lugar. Se hizo oración, se leyó el pasaje del Deuteronomio, sin olvidar el cántico, ni las bendiciones que pronunciara sobre los hijos de Israel.

Por segunda vez, luego de la lectura, se hizo oración y salimos de ahí, dando gracias a Dios. Esta era siempre nuestra costumbre, que cuando conseguíamos llegar a los lugares deseados, primero se hacía allí una oración, después se leía el trozo correspondiente sacado del códice (41), se entonaba también un salmo apropiado a las circunstancias y se hacía nuevamente otra oración. Esta costumbre, con la ayuda de Dios, la conservamos siempre que pudimos llegar a los lugares programados.

8. Con el fin de llevar a término feliz nuestra empresa, nos apresuramos a llegar al monte Nebo. En el trayecto nos guiaba un sacerdote del lugar, de Livias, a quien rogamos que nos acompañara, pues conocía mejor aquellos lugares. El sacerdote nos advirtió: "Si queréis ver el agua que fluye de la peña, aquella que Moisés dio a los israelitas (Exod., 17, 6; Núm., 20, 8), cuando tuvieron sed, podéis verla con la condición sin embargo que consintáis imponeros la molestia de desviaros de la ruta, quizá seis millas (42).

9. Cuando tal dijo, nosotros movidos por ardientes ansias determinamos separarnos al instante de nuestra ruta y seguir al sacerdote que nos conducía. Existe en el lugar una pequeña iglesia, no precisamente al pie del monte Nebo, sino de otro más adentro, pero no muy alejado del Nebo. Muchos monjes moran allí, hombres de veras santos a quienes allí se llama ascetas.

XI. El agua de la roca

1. Se dignaron estos santos monjes recibirnos con la mejor acogida. Nos permitieron entrar y saludarlos. Luego de hacer oración en su compañía, tuvieron la bondad de darnos eulogias como acostumbran hacer con aquellos a quienes brindan hospitalidad.

2. Allí, entre la iglesia y los monasterios, brota en el medio de la peña un agua abundante y fresca, límpida y de gusto excelente. Preguntamos entonces a aquellos santos monjes que allí moraban, qué agua fuese aquella tan excelente y de sabor tan bueno. Ellos nos respondieron: "Esta es el agua que San Moisés dio a los hijos de Israel en este desierto".

3. Se cumplió como de costumbre la oración, se leyó el pasaje sacado de los libros de Moisés, y dicho también un salmo; y luego, en compañía de los santos clérigos y monjes que con nosotros habían venido, continuamos nuestro camino hacia la montaña. Muchos de los monjes que moraban allí junto al agua se dignaron ascender con nosotros al monte Nebo, por lo menos aquellos que pudieron imponerse esta fatiga.

4. Así, pues, caminando desde este lugar, llegamos al pie del Nebo, que es un monte muy alto. Con todo, puede subirse en su mayor parte a lomo de mula; pero hay un pequeño tramo que, por ser escarpado, es necesario hacerlo a pie y con fatiga. Y así lo hicimos.

XII. El sepulcro de Moisés

1. Llegamos, pues, a la cima de la montaña. En la cumbre del monte Nebo existe actualmente una iglesia de proporciones no muy vastas. En el sitio donde se encuentra el púlpito (43), observé un lóculo un tanto más elevado, cuyas dimensiones correspondían a las que de ordinario tienen las tumbas.

2. Entonces interrogué a estos santos varones qué fuere aquello; y me respondieron: "Aquí fue depositado Moisés por los ángeles, pues, como está escrito: "Ningún hombre conoce su sepultura" (Deut., 34, 6). Esto confirma la creencia de que fuese enterrado por los ángeles. No se conoce hasta hoy el sepulcro en que haya sido depositado (44). Sin embargo, así como los ancianos que moraban en este lugar nos mostraron a nosotros el sitio en que fue depositado, así también nosotros os lo mostramos a vosotros. Por lo demás, aquéllos nos aseguraron que esta tradición la habían recibido de sus mayores".

3. Hicimos luego oración y cumplimos ordenadamente cuanto teníamos acostumbrado en cada uno de los lugares santos;

después salimos de la iglesia. Los sacerdotes y santos monjes, que conocían el lugar, nos dijeron: "Si queréis contemplar los sitios que menciona el libro de Moisés, salid fuera, delante de la puerta de la iglesia, y desde esa altura mirad y observad lo que pueda verse desde aquí y os diremos qué cosa sea cada uno de los lugares que se ven". Llenos de contento salimos de inmediato afuera.

4. Desde la puerta de la iglesia, vimos el lugar por el que entra el Jordán en el Mar Muerto. Dada nuestra ubicación, ese lugar se encontraba precisamente debajo de nosotros. Vimos de frente no sólo Livias, que está aquende el Jordán, sino también Jericó, allende el mismo. Todo lo abarcaba nuestra vista desde el elevado puesto donde nos situamos delante de la puerta de la iglesia.

5. En cuanto podían los ojos ver, desde allí se dominaba gran parte de Palestina, que es la tierra de promisión; como también la región del Jordán. A la izquierda vimos todas las tierras de los habitantes de Sodoma, en particular Segor, que es la única de las cinco ciudades existente aún (Gen., 14; 2; Deut., 34, 3).

6. Allí está como recuerdo, en tanto que de las otras ciudades no aparece sino una confusión de ruinas, tal como fueron reducidas a cenizas. Se nos mostró también el lugar donde se encontraba la estela de la mujer de Lot (45), según se menciona en las Escrituras (Génesis, 19, 26).

7. Pero os aseguro, damas venerables, que la columna no aparece, sólo se muestra el lugar, pues fue cubierta, según se afirma, por el Mar Muerto. Contemplamos el sitio, pero no la columna. No podría, por cierto, engañaros en esto. El obispo del lugar, de Segor, nos aseguró que ya desde varios años la columna no era visible. A unas seis millas de Segor (46), se sitúa el lugar de la columna, hoy cubierta por las aguas.

8. A continuación avanzamos hacia la derecha de la iglesia, pero por la parte exterior, y se nos mostraron de frente dos ciudades: Esebón, que perteneció al rey Seón, rey de los Amorreos, hoy llamada Exebón (Num., 21, 26; Deut., 29, 7); y otra, la de Og, del rey de Basán, que hoy se llama Sasdra (Num., 21, 33; Deut., 3, 10). Desde el mismo sitio se nos mostró, de frente, Fegor, que perteneció al reino de Edón (Núm., 23, 28; Deut., 4, 46).

9. Todas estas ciudades que veíamos se hallaban sobre las montañas; un poco más abajo nos pareció ver una llanura. Enton-

ces se nos aclaró que en los días en que San Moisés y los israelitas combatieron contra estas ciudades, establecieron campamentos en aquella llanura, pues aparecían aún señales de ellos.

10. Desde la parte del monte que llamé izquierda y que domina el Mar Muerto, se nos mostró una montaña cortada a pique, en otro tiempo llamada Agrispécula. Esta es la montaña en la que Balaac, hijo de Beor, colocó a Balaam el adivino para maldecir a los hijos de Israel, cosa que no permitió Dios, como está escrito (Núm., 23, 14 y sigs.).

XIII. La tumba de Job

1. Después de algún tiempo, quise ir al país de Ausitis (47) a visitar la tumba de Job por motivos piadosos (Job, 1, 1). Veía a numerosos santos monjes venir desde allí a Jerusalén con el fin de visitar los santos lugares y de rezar. Al escuchar los pormenores sobre su país, despertó en mí un gran deseo de dirigirme allá aun a costa de grandes fatigas, si puede hablarse de fatiga cuando uno ve realizado su deseo.

2. Así, pues, salí de Jerusalén con los santos que, deseosos también de rezar, se dignaron acompañarme durante mi viaje. Por la ruta que une Jerusalén y Cárneas se pasa por ocho etapas. Se denomina en la actualidad Cárneas, la ciudad de Job, antiguamente llamada Denaba, en la tierra de Ausitis, junto a los límites de Idumea y Arabia. En esta ruta, durante la marcha, sobre la margen del Jordán, contemplé un valle agradable y muy bello, con abundantes viñedos y árboles, pues existían allí muchos manantiales de agua muy buena.

3. En este valle hay una población grande, actualmente llamada Sedima. En el interior de la población, la cual se halla en el centro de la llanura, hay un montículo no muy grande construido en el estilo de las tumbas, pero de las tumbas grandes. En su cima se yergue una iglesia, y abajo, en los alrededores de la colina, se observan grandes cimientos antiguos. Aun ahora en esa aldea moran algunas gentes (48).

4. Al contemplar semejante paraje, yo pregunté qué lugar fuese ese tan agradable. Entonces se me respondió: "Esta es la ciudad del rey Melquisedec, llamada antiguamente Salem. De la

corrupción de esta palabra se originó el nombre de Sedima, que hoy lleva la región. Esta pequeña colina está situada en el centro de la población. La construcción que observas en la cumbre es una iglesia. En griego se llama hoy *opu*... Melquisedec (49). Porque este es el lugar en el cual Melquisedec ofreció a Dios sacrificios puros; es decir, pan y vino, como está escrito" (Gen., 14, 18).

XIV. Algo más sobre Salem

1. Apenas escuchadas estas palabras, nos apeamos de los animales. Y he aquí que el santo sacerdote del lugar, con sus clérigos, se dignaba dirigirse a nuestro encuentro. Y habiendo llegado, en seguida se complacieron en conducirnos arriba hasta la iglesia. Al llegar, de inmediato hicimos, como de costumbre, una oración y se leyó luego el pasaje correspondiente al libro de San Moisés. También recitamos un salmo apropiado al sitio y descendimos luego de rezar una segunda oración.

2. Cuando hubimos descendido, el santo sacerdote —hombre anciano y conocedor de las Escrituras, que ya presidía el lugar desde que era monje— nos dirigió la palabra. Luego supimos que de este presbítero, numerosos obispos rendían un alto testimonio de su vida, asegurando que era digno de servir en el sitio donde por primera vez ofreció a Dios San Melquisedec sacrificios puros a la llegada de Abraham.

Al descender, pues, de la iglesia al llano, el sacerdote,. como dije más arriba, nos habló: "Los cimientos que veis en las inmediaciones de esta pequeña colina, pertenecieron al palacio del rey Melquisedec. Por esto si todavía alguien quiere construir una casa utilizando estos cimientos, es fácil que encuentre ahí partículas tanto de plata como de bronce.

3. Por la ruta que veis pasar entre el Jordán y este poblado, regresó Abraham (Gén., 14, 1 y 18) de vuelta a Sodoma, después de haber muerto a Codolagomor, rey de las naciones (50); y en ella fue a su encuentro San Melquisedec, rey de Salem".

XV. "El jardín de San Juan"

1. Recordándome que San Juan había bautizado en Enón, cerca de Salima, como está escrito (Juan, 3, 23), pregunté a qué distancia se encontraba ese lugar. "Se halla —me respondió el santo sacerdote— a doscientos pasos de aquí" (51). Puedo conducirte hasta allá, caminando si lo deseas. El agua tan pura y abundante que has visto en este pueblo procede de aquella fuente".

2. Le agradecí y le rogué que me condujera hasta el sitio; a lo que accedió. En su compañía presto nos pusimos en marcha, de a pie, atravesando totalmente el amenísimo valle hasta llegar a un vergel muy hermoso, en cuyo centro nos señaló una fuente de agua excelente y muy pura, la que de una vez da origen a un verdadero arroyuelo. Delante de la fuente hay una especie de lago, donde sin duda San Juan Bautista ejerció su ministerio (52).

3. El santo presbítero nos dijo entonces: "Actualmente este sitio no tiene otro nombre que el griego de *Cepos tu agiu Johanni;* o como decimos en latín *Hortus Sancti Joannis* (Jardín de San Juan).

4. Muchos hermanos y santos monjes de diversas regiones se llegan aquí para bañarse".

Junto a esta fuente, como de costumbre, se elevó una oración, se leyó el pasaje, recitamos un salmo apropiado e hicimos allí cuanto acostumbramos ejecutar en los lugares santos.

5. Todavía hoy, según nos aseguró el santo sacerdote, todos los que en el pueblo debían ser bautizados en Pascua, en la iglesia llamada *opu* Melquisedec, lo hacían en esta fuente. Desde temprano venían con luminarias, acompañados por clérigos y monjes, rezando salmos y antífonas. De este mismo modo desde temprano, eran conducidos de la fuente hasta la Iglesia de San Melquisedec, cuantos habían sido bautizados.

6. Recibimos las eulogias del huerto de San Juan Bautista de las manos del sacerdote y de los monjes santos que tenían sus monasterios allí en el huerto, y dando siempre gracias a Dios, partimos por el mismo sendero por el cual antes íbamos.

XVI. Recuerdos del profeta Elías

1. Marchamos así un tiempo por el valle del Jordán al borde del río porque ése era nuestro camino por un buen trecho, cuando de repente vimos a Thesbe, la ciudad del santo profeta Elías, de donde le viene el apodo de Elías el Tesbita (III Reyes, 17, 1). Todavía se encuentra allí la gruta en la que moró el santo, al igual que la tumba de Jefté, cuyo nombre leemos en el libro de los Jueces (12, 7).

2. Proseguimos nuestra ruta; después de haber dado gracias a Dios según nuestra costumbre. Al avanzar divisamos a nuestra izquierda un valle sobremanera hermoso y dilatado y que arrojaba en el Jordán un caudaloso torrente. Vimos asimismo el monasterio de un hermano que allí vivía como monje.

3. Entonces yo, que soy bastante curiosa, comencé a preguntar qué valle era aquel donde el santo monje acababa de construir su monasterio, pues pensé que no sin motivo se había hecho. Los santos, que con nosotros caminaban, muy conocedores del lugar, nos respondieron: "Este es el valle de Corra. En él se estableció Elías Tesbita en tiempos del rey Acab (III Reyes, 17, 3-6). Por orden de Dios, pues eran tiempos de hambre, un cuervo le llevaba alimento y bebía agua de este torrente, porque este torrente, que veis precipitarse por el valle, es el de Corra".

4. Así, pues —dando gracias a Dios, quien no obstante toda nuestra indignidad, se complacía en hacernos ver lo que deseábamos—, nos pusimos en camino según lo hacíamos todos los días. Marchamos de este modo, por días y días. De súbito surgió a la izquierda —desde donde veíamos a la Fenicia de frente— una montaña enorme y en extremo excelsa que se extendía en largo... (53).

5. ... ese santo monje, un asceta, después de tantos años pasados en el desierto, debió salir y descender a la ciudad de Cárneas (54), con el fin de advertir al obispo y a los clérigos de su tiempo, que cavasen en aquel lugar que le había sido revelado. Y así lo hicieron.

6. Cavando en el lugar indicado, encontraron una gruta, que siguieron por una extensión de unos cien pasos (55). Allí descubrieron de repente, mientras cavaban, una piedra. Al moverla encontraron grabado en la abertura la palabra Job.

Por esto se edificó en el lugar la iglesia que vosotros veis en honor de Job, para que no se trasladase la piedra ni el cuerpo a otro sitio, sino que permaneciera donde había sido encontrado el cuerpo; y que éste reposara bajo el altar. Ignoro qué tribuno ordenó la construcción de esta iglesia, pero ha quedado sin terminar hasta el presente.

7. Al otro día por la mañana, rogamos al obispo que ofreciera la oblación, cosa que se dignó cumplir. Luego partimos con la bendición del obispo. Comulgamos allí y, dando siempre gracias a Dios, regresamos a Jerusalén, pasando por todas las etapas por donde habíamos peregrinado tres años hacía.

XVII Plan de viaje a la Mesopotamia

1. Habiendo transcurrido de este modo cierto tiempo y como ya se hubiesen cumplido tres años desde mi llegada a Jerusalén, en nombre de Dios, acariciaba el deseo de retornar a mi patria, pues había visto todos los lugares santos a los que llegué para rezar. Quise con todo, secundando siempre el querer divino, llegarme hasta Mesopotamia de Siria con la intención de visitar a los santos monjes. Se afirma que en esos lugares son muy numerosos, y su vida admirable sobre toda ponderación; y también con el propósito de rezar ante el *Martyrium* del apóstol Santo Tomás. Su cuerpo fue colocado allí en Edesa, a donde habría sido enviado después de la ascensión de Jesucristo nuestro Dios, como consta en la carta enviada al rey Abgar por correo de Ananías. Esta carta se conserva con gran respeto en la ciudad de Edesa, donde se encuentra el *Martyrium* (56).

2. Aseguro a vuestra caridad que ningún cristiano, entre los que por devoción viene a los lugares santos de Jerusalén, deja de acercarse hasta el sitio, que se halla a veinticinco etapas de Jerusalén.

3. Desde Antioquía, la Mesopotamia queda más cerca. Por eso, queriéndolo Dios, iría cuando debiese volver a Constantinopla, cuyo camino pasa por Antioquía y desde donde resulta más cómodo ir hasta la Mesopotamia. De este modo lo hice, ayudada por la gracia de Dios.

XVIII. Hacia el Eufrates

1. Salí, pues, de Antioquía, en nombre de Cristo nuestro Dios, con el fin de entrar en la Mesopotamia. Pasé muchas etapas y ciudades de la provincia de Cele-Siria, esto es, de Antioquía (57). Penetré después en territorio de la provincia Augustofratense hasta llegar a la ciudad de Hierápolis, metrópoli de la misma provincia. Debí hacer un alto en esta ciudad, muy bella y rica, donde todo bien abunda, porque de ella no distan mucho los límites de la Mesopotamia.

2. Salí, por tanto, de Hierápolis y con la gracia de Dios llegué al río Eufrates, a quince millas (58). Con mucha verdad lo llama la Escritura "el gran río Eufrates, pues es enorme y casi terrible (Gén., 15, 18). Corre con la impetuosidad del Ródano; con la diferencia de que el Eufrates es todavía mayor.

3. Dado que se quería cruzarlo en embarcaciones —y sólo en grandes embarcaciones—, me detuve allí un poco más de medio día. Después de haberlo atravesado penetré, en nombre de Dios, en los territorios de la Mesopotamia, de Siria.

XIX. Ciudad de Edesa

1. Y continuando mi ruta durante varias etapas, llegué a una ciudad, cuyo nombre se encuentra en las Escrituras, Batanis, que subsiste todavía hoy. Hay allí una iglesia con un obispo muy santo, monje y confesor (59), y existen también varios *martyria*. La ciudad rebosa de población y tiene además establecidas tropas con su tribuno.

2. Saliendo de allí llegamos a Edesa, en nombre de Cristo nuestro Dios. Al llegar nos encaminamos de inmediato a la iglesia y al *martyrium* de Santo Tomás. Luego de haber hecho oración, según nuestra costumbre, y cuanto solíamos realizar en los santos lugares, leímos algunos textos relativos a Santo Tomás (60).

3. La iglesia allí erigida es amplia, de gran belleza y recientemente construida, digna en verdad de ser casa de Dios. Como deseaba ver muchas cosas, debí detenerme tres días.

4. Así en esta ciudad, vi una gran cantidad de *martyria* y también numerosos monjes; algunos moraban cerca de los *martyria;*

otros, muy lejos de la ciudad, en lugares apartados donde se levantaban sus monasterios.

5. El santo obispo de esta ciudad, un hombre en verdad piadoso, monje y confesor, me acogió con bondad. Luego me dijo: "Hija mía, veo que por motivos piadosos os habéis impuesto la fatiga enorme de venir casi desde los confines del mundo a estas tierras. Si lo consideráis grato os mostraremos aquellos lugares cuya contemplación causa placer a los cristianos". Entonces agradecí primeramente a Dios, y después a él le pedí mucho que se dignara hacer lo que decía.

6. Me condujo, ante todo, al palacio del rey Abgar. Me señaló una estatua del mismo rey, muy parecida, según afirmaban. Era de mármol tan brillante como si fuera de perlas. El rostro de Abgar, con sólo mirarlo, traslucía al hombre verdaderamente sabio y honorable. El obispo me aseguró entonces: "Este es el rey Abgar, que antes de ver al Señor creyó que en verdad era el Hijo de Dios" (61).

Había junto a ésta, otra estatua semejante, construida con el mismo mármol. Me aseguró que reproducía a su hijo Magno, cuyo rostro también tenía especial encanto.

7. Penetramos luego en el interior del palacio. Se encontraban allí unas fuentes llenas de peces; nunca he visto otras iguales; tan grandes eran y tan limpias y sabrosas sus aguas. La ciudad no posee más agua que la que fluye del palacio, la cual semeja un caudaloso río de plata.

8. El santo obispo me refirió entonces la historia del agua en estos términos: "Algún tiempo después que el rey Abgar había escrito al Señor y que el Señor le había respondido por el correo de Ananías, como consta en la carta, pasando algún tiempo vienen los persas y cercan la ciudad.

9. Llevó en seguida Abgar la carta del Señor a la puerta de la ciudad y con todo su ejército, hizo pública oración. Y agregó: "Señor Jesús, tú nos prometiste que ningún enemigo entraría en esta ciudad, y he aquí que en este momento nos atacan los persas". Habló así el rey y teniendo en sus manos levantadas la carta abierta se hizo de súbito una gran oscuridad fuera de la ciudad, pero solamente para los persas, que se encontraban cerca de la ciudad, a tres millas (62).

Y la oscuridad les causó tal turbación que apenas pudieron establecer su campamento y rodear la ciudad en el tercer miliario.

10. Tanta confusión sufrieron los persas que jamás pudieron discernir el lugar por el que debían entrar en la ciudad. En cambio, ellos custodiaron la ciudad, rodeada por los enemigos situados en el tercer miliario y así durante varios meses.

11. Luego que comprendieron que de ninguna manera podían entrar en la ciudad, entonces tramaron hacer morir de sed a cuantos en ella se encontraban. Aquel montículo que veis, hija mía, dominando la ciudad, la proveía entonces de agua. Al percatarse de esto los persas desviaron el agua de la ciudad y la derivaron hacia el lugar donde tenían establecido su campamento.

12. Ahora bien, en el día y hora en que los persas desviaron el agua hacia su campamento, por orden de Dios, a una brotaron las fuentes que veis aquí. Desde entonces hasta hoy continúan manando, gracias a Dios. En cambio, el agua desviada por los persas se agotó de tal manera en la misma hora, que los asediantes de la ciudad no la pudieron beber ni un solo día. Nunca en adelante brotó hasta hoy, como puede todavía observarse.

13. Se vieron obligados a regresar a Persia, su tierra, disponiéndolo Dios que había prometido que así sucedería. En adelante, siempre que los enemigos han pretendido atacar nuestra ciudad, se llevó la carta que se leyó en la puerta, y de inmediato, por beneplácito divino, todos los enemigos eran expulsados".

14. El santo obispo también narró esto: "En el lugar donde brotaron estas fuentes existía anteriormente una planicie en el interior de la ciudad, al pie del palacio de Abgar. Este palacio está situado a una cierta altura, como todavía se ve, y podéis comprobarlo. En aquellos tiempos se acostumbraba a construir los palacios sobre elevaciones.

15. Pero una vez brotadas en ese lugar las fuentes, mandó Abgar construir para su hijo Magnus (del cual visteis la estatua colocada junto a la del padre) este palacio; de modo que las fuentes quedaron cerradas en su interior".

16. Después de haberme narrado todo esto, el santo obispo me dijo: "Vayamos a la puerta por la que entró Ananías, portador de la mencionada carta".

Llegados a la puerta, el obispo, de pie, elevó una oración y nos leyó las cartas. Después de bendecirnos, reiteramos la oración.

17. El santo nos narró que desde el día en que entró Ananías por esta puerta con la carta del Señor, hasta nuestros días, es cus-

todiada para evitar que algún hombre impuro o con luto pase por ella o se saque el cuerpo de algún muerto.

18. Nos señaló también el santo obispo la tumba de Abgar y de toda su familia. Era muy hermosa, pero construida en estilo antiguo. Nos condujo igualmente al palacio superior, el primero que tuvo el rey Abgar. Nos mostró todos los lugares dignos de verse.

19. Hubo algo que me llenó de gozo. Las cartas que el santo obispo nos había leído —tanto la de Abgar al Señor como la del Señor a Abgar— me fueron otorgadas por él mismo; y aunque en la patria ya tenemos copias de ellas, con todo me resultó sobremanera grato, porque tal vez el texto nos llegó incompleto (63). Por cierto que el que yo recibí aquí es más extenso. Si Jesús, nuestro Dios, lo quiere, cuando llegue a la patria, vosotras, señoras de mi alma, también las leeréis.

XX. En la mansión de Abraham

1. Así, pues, luego de haber pasado allí tres días, fue necesario que me apresurara para llegar a Charras; como ahora se llama. En las Sagradas Escrituras se afirma que en Charras permaneció Abraham, como se lee en el Génesis cuando el Señor dijo a Abraham: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, y vete a Charras" y lo demás (Gén., 12, 1).

2. Una vez llegada a Charras, me fui de inmediato a la iglesia, levantada en el interior de la ciudad; saludé luego al obispo del lugar, un santo verdaderamente, hombre de Dios, que también es monje y confesor. Se dignó mostrarnos los lugares de allí que deseásemos ver.

3. Nos condujo en seguida a la iglesia que se encuentra fuera de la ciudad, en el sitio ocupado anteriormente por la casa de San Abraham. Fue construida la iglesia sobre sus cimientos y con sus mismas piedras —según afirmaba el santo obispo. Cuando llegamos a la iglesia, hicimos oración, se leyó el pasaje del Génesis, se entonó luego un salmo y repetida la oración, nos retiramos con la bendición del obispo.

4. Del mismo modo se dignó conducirnos al pozo del que Santa Rebeca sacaba agua. El obispo nos dijo: "He aquí el pozo

con cuya agua Rebeca dio de beber a los camellos de Eleazar, siervo de Abraham" (Gén. 24, 20). Y de este modo se dignó mostrarnos cada cosa.

5. En la iglesia de que hablé, aquella que está fuera de la ciudad, mis venerables hermanas y señoras, donde en tiempos anteriores estuviera la casa de Abraham, hoy se levanta el *martyrium* de un santo monje llamado Helpidio (64). Nos resultó sobremanera grato llegar allí la vigilia de la fiesta de San Helpidio, el nueve de las calendas de mayo (65).

Aquel día, de todas partes de aquellas regiones de la Mesopotamia descendía a Charras la totalidad de los monjes y aun aquellos ancianos, llamados ascetas, que vivían en la soledad, con motivo de la fiesta que allí se celebraba con mucha solemnidad y en memoria de Abraham, pues su casa estaba donde actualmente está la iglesia, y en la cual también se ha depositado el cuerpo del santo mártir.

6. Así nos resultó tan grata como inesperada la oportunidad de ver a los monjes de la Mesopotamia, santos y verdaderamente hombres de Dios, en especial aquellos cuya reputación y vida se conocían desde lejos.

Yo no creía poder verlos, no por suponer imposible para Dios el concederme igualmente esta gracia, ya que tantas me había concedido; sino porque yo había oído decir que fuera del día de Pascua y de éste, nunca descendían de los lugares que habitan —son hombres que hacen muchas cosas maravillosas (66)—; y yo ignoraba el mes en el que se celebraba a este mártir del que hablé. Por voluntad de Dios, tuve oportunidad de llegar el día oportuno sin pensarlo.

7. Permanecimos dos días por la fiesta del mártir y para ver estos santos, que se dignaron saludarme para augurarme la bienvenida, acogerme con gran generosidad y hablarme como en manera alguna merecía. Después de la fiesta del mártir, ya no se los vio en el lugar, pues esa misma noche tornaron al desierto, albergándose cada uno en su respectivo monasterio.

8. Fuera de un reducido número de clérigos y de santos monjes que moran en la ciudad, no encontré otro cristiano; sino paganos por doquiera, porque así como nosotros veneramos con gran respeto, en recuerdo de Abraham, el lugar donde en otro tiempo se levantaba su casa; así también los paganos de unos mil pasos (67)

– alrededor de la ciudad, veneran con no menor respeto, el sitio donde se encuentran las tumbas de Nacor y Batuel (68).

9. Dado que el obispo de esta ciudad es muy versado en las Escrituras, lo interrogué en estos términos: "Os ruego, señor, que me digáis cuanto deseo escuchar". El me respondió: "Hija mía, preguntad cuanto queráis que, de saberlo, todo os lo diré". Entonces pregunté: "Yo sé por la Escritura que Abraham con su padre Tharé, Sara su esposa, y Lot, hijo de su hermano, vinieron aquí (Gén., 11, 31); pero nada leí sobre el momento en que Nacor y Batuel, hayan pasado por aquí; tan sólo sé que un poco más tarde, un servidor de Abraham se llegó a Charras para pedir a Rebeca, hija de Batuel, hijo de Nacor, para el hijo de su dueño Abraham, es decir, para Isaac (Gén., 24, 1-55).

10. Entonces el santo obispo me respondió: "Sí, hija, como vos lo decís, está escrito en el Génesis que Abraham pasó por aquí con los suyos (Gén., 11, 31); sobre el momento en que pasaron Nacor y los suyos, y sobre Batuel, las Escrituras del Canon nada dicen (69). Con todo es evidente que más tarde pasaron, pues sus tumbas se encuentran, poco más o menos, a mil pasos de la ciudad (70). Lo que la Escritura atestigua con seguridad, es que el servidor de Abraham vino aquí para llevarse consigo a Rebeca (Gén. 24, 2 ss.).

11. A continuación le pregunté dónde estaba el pozo en el que Jacob dio de beber a las majadas que guardaba Raquel, la hija de Labán el sirio. El obispo agregó: "A seis millas (71) de aquí existe una población que perteneció anteriormente a Labán el sirio; pero dado que deseáis ir más allá, iremos para mostrárosla. Habitaban allí muchos monjes, santos ascetas, y se levanta una iglesia muy venerada".

12. Aún interrogué al santo obispo dónde estuviese aquel lugar de los caldeos, en el cual habían habitado anteriormente Tareh y los suyos (Gén., 11, 28). El santo obispo entonces me respondió: "Ese lugar, hija mía, por el que me preguntas, se encuentra a diez etapas de aquí, en el interior de Persia. De aquí hasta Nísibe hay cinco etapas y de ahí hasta Ur, ciudad de Caldea, otras cinco; pero ahora los romanos ya no pueden entrar porque toda esa región está ocupada por los persas. A esta parte se la denomina especialmente provincia de Oriente, por estar en los confines de los territorios romanos, persas y caldeos".

13. Accedió a contarme todavía otras muchas cosas, como se habían dignado hacerlo todos los demás santos obispos y monjes. Se trataba de pormenores concernientes a las divinas Escrituras y a la vida de estos varones, los monjes; tanto de aquellos que ya han abandonado este mundo después de haber realizado muchas maravillas, como de aquellos que todavía están vivos, es decir, de los ascetas, y de lo que diariamente hacen. Pues no quiero que vuestra caridad se imagine que los monjes tengan otras conversaciones que no sean sobre las divinas Escrituras o sobre las obras realizadas por los monjes más antiguos.

XXI. El pozo de Jacob

1. Después de dos días pasados ahí, el obispo nos condujo al pozo en que Jacob había abrevado las majadas de Santa Raquel. Este pozo se encuentra a seis millas de Charra. Con el fin de honrarlo se construyó en sus cercanías una venerable iglesia, amplia y bella. Al llegar al pozo, el obispo hizo una oración, leyó a continuación el pasaje correspondiente del Génesis y recitó luego un salmo apropiado al lugar. Nos bendijo después de iterada la oración.

2. Hemos visto en tierra, junto al pozo, la enorme piedra que Jacob había removido (Gén., 29, 3 y 10). Puede observarse aún ahora.

3. A la vera del pozo, moran solamente los clérigos de la iglesia del lugar; los monjes viven en los monasterios vecinos, cuya vida, nos refirió el obispo, es del todo inaudita. Después de haber hecho una oración en la iglesia, fui con el obispo hasta las moradas de los monjes. Agradecí a Dios y a estos hombres, los cuales en todos los monasterios que visité, se dignaron siempre acogerme cordialmente y hablarme con frases dignas de salir de sus bocas. También se dignaron darnos las eulogias a mí y a todos los huéspedes que recibieron con honor en sus monasterios.

4. Este lugar está emplazado en una extensa llanura. El obispo me señaló, al frente, un pueblo bastante grande, a unos quinientos pasos del pozo (72), y por el cual habíamos pasado. Este pueblo, al decir del obispo, en otro tiempo fue una villa de Labán el sirio y se llama Fadana (me indicaron en el mismo pue-

blo el sepulcro de Labán el sirio, suegro de Jacob). También me señalaron el lugar donde Raquel robó los ídolos de su padre (73).

5. Así, pues, en nombre de Dios, después de haber visto todo, nos despedimos del santo obispo y de los monjes que se habían dignado conducirnos hasta allí. Regresamos por la misma ruta e iguales etapas que al venir de Antioquía.

XXII. Hacia Constantinopla

1. De regreso a Antioquía demoré allí una semana; el tiempo requerido para disponer lo necesario para el viaje. Salí de Antioquía. Llegué, después de varias etapas, a la provincia denominada Cilicia, cuya metrópoli es Tarso. En ella ya había estado cuando iba para Jerusalén.

2. En Isauria, a tres etapas de Tarso, se encuentra el *martyrium* de Santa Tecla (74). Su cercanía me brindó la gran satisfacción de poder llegarme hasta él.

XXIII. Otras ciudades hasta Constantinopla

1. Saliendo de Tarso, llegué a una ciudad junto al mar, todavía en Cilicia, llamada Pompeyópolis. En el territorio de Isauria me detuve en una población de nombre Corico, y al tercer día llegué a la ciudad de Isauria, llamada Seleucia. Al llegar fui al encuentro del obispo, un verdadero santo, antiguo monje.

Contemplé también en esa ciudad una iglesia muy bella.

2. De ahí a la iglesia de Santa Tecla, que está más allá de la ciudad en una planicie sobre una colina, hay unos mil quinientos pasos (75). Por eso preferí continuar mi camino para detenerme allí como lo había establecido. Junto a la iglesia sólo se ven innumerables monasterios de hombres y de mujeres (76).

3. Allí encontré una de mis mejores amigas, de cuya vida todos en Oriente rinden testimonio, una santa diaconisa de nombre Martana (77). La conocí en Jerusalén, a donde había ido por devoción; ella regía monasterios de apotactites o vírgenes (78). Al verme, ¡qué grande gozo para ella y para mí! ¿Podría acaso describirlo?

4. Pero volviendo a mi asunto, existen numerosos monasterios sobre la colina. En el medio hay un muro enorme que incluye la iglesia, en la que se encuentra el *martyrium* que es de particular hermosura. El muro fue construido allí para defender la iglesia contra los isauros, gente muy perversa que se entrega con frecuencia al pillaje y podría tentar una mala jugada contra el monasterio que cuida de la iglesia.

5. Cuando hube llegado, en el nombre de Dios, luego de haber hecho una plegaria en el *martyrium* y haber leído además todos los hechos de Santa Tecla (79), he tributado infinitas acciones de gracias a Cristo nuestro Dios, que se dignó colmar todos mis deseos, no obstante saberme tan indigna y desprovista de merecimientos.

6. Permanecí allí dos días. Habiendo visto a los santos monjes y apotactites, tanto hombres como mujeres que allí estaban, hecha una oración y recibida la comunión, volví a Tarso a retomar la ruta. Allí hice un alto de tres días. Luego, en nombre de Dios, partí con el fin de continuar mi camino. El mismo día llegué a la etapa, que se llama Mansocrenas, al pie del monte Tauro, donde me detuve.

7. Al día siguiente ascendí al monte Tauro y pasé por una ruta conocida en todas las provincias, que ya había atravesado antes, la que atraviesa Capadocia, Galacia y Bitinia; y así llegué a Calcedonia, donde me detuve a causa del famosísimo *martyrium* de Santa Eufemia, que conocía de antes y se levanta en ese lugar (80).

8. Al día siguiente, por vía de mar, llegué a Constantinopla. Rendí gracias a Cristo nuestro Dios, que se dignó, no obstante ser indigna y sin méritos, otorgarme una gracia tan extraordinaria, dándome la voluntad de ir y la posibilidad de recorrer todos los lugares deseados, y poder volver a Constantinopla.

9. En donde, desde que he llegado, en cada iglesia y en los santuarios consagrados a los Apóstoles, como también en todos los *martyria,* aquí muy numerosos, no he cesado de dar gracias a Jesús nuestro Dios, por haberse dignado concederme de esta manera su misericordia.

10. Por eso, dueñas mías y luz de mi alma, mientras escribo esta relación para vuestra caridad, me propongo en nombre de Cristo nuestro Dios, encaminarme a Asia, esto es, a Efeso, para rezar ante el *martyrium* del bienaventurado apóstol San Juan (81).

Si después de esto aún no he abandonado este cuerpo y logro visitar otros lugares, o bien os lo narraré de viva voz, si Dios me concede esta gracia; o por lo menos, si se me ocurre otro proyecto, os lo anunciaré por escrito. Y vosotras, señoras mías y luz de mi alma, dignaos tan sólo acordaros de mí, ya esté en mi cuerpo, ya fuera de él.

NOTAS

1. Es verdaderamente de lamentar que el precioso manuscrito descubierto por Gamurrini se halle mutilado. Faltan muchas páginas al principio y quizás otras tantas hacia el fin. Además a lo largo del texto, no faltarán algunas lagunas.

2. Este valle es la llanura *d'Er Rahah,* "el valle del descanso".

3. En este sitio fueron castigados por Dios los israelitas después de haber comido las codornices, como se lee en el pasaje escritural indicado. Los Setenta tradujeron este inciso por "los sepulcros de la codicia".

4. Se refiere a los monjes de la región, a quienes denomina en forma diversa. La autora emplea el epíteto "santo" con harta frecuencia porque en los años primeros de la Iglesia, los cristianos se llamaban entre sí, tanto con la palabra hermano como con la de santo. Eteria llama santo a Moisés, a Elías, santos los montes... No siempre lo hemos traducido en obsequio al carácter de nuestra lengua.

5. Casi 6 Kms. Todos los datos que da nuestra autora son siempre aproximados.

6. Unos 23 Kms. y medio de largo por unos 6 de ancho.

7. Farán era la única población en el interior de la península arábiga, al noroeste del Sinaí.

8. La expresión "la majestad de Dios" es una forma bíblica del griego; la Vulgata habitualmente traduce "gloria de Dios".

9. Estos monasterios en un principio fueron ermitas o grutas donde moraba un monje solamente. Al reunirse varios monasterios se formaban las "Lauras" —palabra que comienza a usarse en el s. IV y que nunca usa nuestra autora—, junto a las cuales se levantaba la iglesia a la que acudían los monjes. El término monasterio se adoptó posteriormente por *cenobio,* en el cual los monjes vivían en comunidad.

10. La práctica de la hospitalidad era considerada por obispos y monjes como una de las más eficaces de la caridad.

11. Al llamar "ascetas" a los monjes, el texto introduce una novedad, pues entonces se daba este título a quienes sin alejarse de su familia o casa, se dedicaban en el celibato a la práctica de la perfección evangélica.

12. "Hacer la oblación" es una expresión que significa la celebración del Sacrificio de la Misa. La palabra "misa" la usa nuestra autora, en la mayoría de las veces, para indicar la "despedida", es decir, el final de una función.

13. El término "eulogia" designa el pan bendito ofrecido por los fieles para fines del sacrificio, pero que luego no era consagrado sino repartido entre los asistentes. Se lo enviaban entre sí los fieles en señal de paz y benevolencia. Por extensión designa también otros dones y frutos bendecidos, que los obispos mutuamente se enviaban o que los monasterios obsequiaban a sus huéspedes.

14. Señoras (*domina*) es un título de honor que la autora junta ordinariamente a otro más afectuoso; como "señoras venerables y hermanas", "señoras de mi alma", "señoras hermanas", "señoras luz mía", etc.

15. Parte del mar Mediterráneo comprendida entre las ciudades de Alejandría y Pelusio; esta última era una ciudad antigua (al este de la actual Port Said) emporio celebrado y puerto importante. Fue llamada "Llave oriental de Egipto"; hoy es un desierto.

16. Es frecuente la confusión entre Sinaí y Horeb. La Biblia nombra indistintamente ambos montes significando siempre el macizo montañoso. San Jerónimo los cree dos nombres diversos de una misma montaña. Existe un solo macizo, llamado Sinaí en conjunto. Con todo, este nombre se reserva especialmente a un pico, el más alto, aquel en el que se manifestó el Señor a Moisés; Horeb es otro pico contiguo al anterior, en el que se conservan rastros de la presencia en él de Elías. Horeb significa monte de la visión.

17. Casi 4 Kms. y medio.

18. A 716 ms. más abajo de la cumbre del *djebel Musa* (monte de Moisés), se levanta la iglesia del monasterio de Santa Catalia, santa martirizada en Alejandría, el año 307; también se lo suele llamar monasterio de la Transfiguración. Allí se mantiene todavía hoy el recuerdo de la zarza ardiente.

19. Casi 52 Kms.

20. A 145 ms., 290 ms. y 740 ms., respectivamente.

21. Los estudios realizados no conceden mucha probabilidad a la opinión que afirma que los israelitas al salir del Sinaí hayan seguido por mucho tiempo la dirección del oeste. La diversidad de opiniones se origina en que la Biblia designa con la palabra Farán el desierto de Arabia Pétrea, que cubre el norte de la península sinaítica, mientras que en nuestro texto, Farán es una ciudad donde se detuvo la peregrina, al oeste del Sinaí.

22. Ciudad situada en el emplazamiento actual de Suez.

23. El texto utiliza la palabra monasterio en lugar de campamento; pero Geyer prefiere "puesto de soldados" (*statio militum*) como corresponde por lo que luego sigue.

24. En VII-3 ofrecer Eteria una interpretación de la manera con que llegaron los hebreos al Mar Rojo. Esto se afirmaba entonces por tradición, pero en forma alguna puede atribuírsele un valor absoluto.

25. Epauleo es una región fronteriza del gran lago amargo. Al norte de Clysma, había una fortaleza que dejó el nombre a *Magdalum* (hoy Tell Abú Hazan). Por este sitio y no por Clysma atravesaron los hebreos el Mar Rojo.

26. Belsefón, parece que no sea otra cosa que un fuerte fronterizo, difícilmente identificable.

27. En Otón, o Etham, los israelitas cambiaron de rumbo por orden de Dios.

28. Sucot, parece ser el nombre hebreo de Pithon, ciudad que el faraón hizo construir a los israelitas.

29. Ciudad que figura en Génesis XLVI, 28 y 29.

30. Santuarios levantados en honor de los mártires, generalmente en el lugar de su sepultura. Algunos adquirieron singular importancia y prestigio. Del contexto se desprende el gran honor concedido entonces al culto de los mártires.

31. Unos 23 Kms. y medio.

32. Arabia, aquí es una población. Con el mismo nombre se designan esta población y la región.

33. Casi 6 Kms. Ramesés; con este nombre se llamó más tarde la región de Gosén. Fue una ciudad fundada o restaurada por el faraón Ramsés II.

34. La leyenda del origen de este sicomoro, explica fácilmente el culto que se le tenía.

35. En Oriente se celebra el nacimiento de Cristo en la festividad de Epifanía. Nuestra autora describe esta celebración más adelante en XXV, 6 y siguientes.

36. Esta entusiasta descripción de la tierra de Gosén corresponde a la que de ella nos hace la Biblia; véase: Núm. XX, 5 y Deut. XI, 10.

37. El Exodo no afirma expresamente que Moisés naciera en Tanis. Puede con todo deducirse del hecho de haberlo recogido la hija del Faraón, junto al río.

38. Sobre Pelusio véase la nota núm. 15. En tiempo de la autora, era una animada ciudad greco-romana y ruta principal entre Egipto y Palestina. Los israelitas la evitaron en su salida de Egipto.

39. Jerusalén fue en gran parte destruida por Tito en el año 70; después de la sublevación judía en 133, fue reconstruida por el emperador Adriano (*Aelius Hadrianus*) y en ella instaló una colonia romana con su nombre, *Aelia Capitolina.*

40. Este texto presenta oscuridades. Arabot es el rincón del valle entre el Jordán y el Mar Muerto. Abarim por el contrario, el nombre del monte que domina el valle por el este y desde el cual Moisés contempló la tierra de promisión.

41. Término usado en la época de la autora para designar el ejemplar de la Biblia.

42. Algo más que 9 Kms.

43. Una especie de ambón, tribunas desde donde los clérigos y sacerdotes leen los textos sagrados, predican y dan aviso a los fieles. Suele haber dos, uno a la derecha y otro a la izquierda del altar mayor.

44. Es un pasaje oscuro, pues encierra evidente contradicción. Pareciera, en efecto, afirmarse que nadie conociese su tumba con el fin de confirmar la creencia de que los ángeles lo hubiesen enterrado. A diferencia de la Vulgata, los Setenta usan el verbo en plural "enterraron": "Ellos (Josué, Eleazar, etc.) lo enterraron" y no los ángeles. De estas palabras se originó la falsa interpretación. La tradición hebrea admite que fuera enterrado por ministerio del arcángel San Miguel (Cf. Judas 5-9). El sepulcro de Moisés debía quedar ignorado para evitar profanaciones y sobre todo para que su cadáver no fuera motivo de idolatría para el pueblo.

45. Los Setenta tradujeron "estela de mujer", y ha sido vertido por "títubo", "columna", "estatua". El Cód. Lugd. por "columna de sal", etc. No es extraño que la fantasía popular haya relacionado aquel hecho con las columnas de sal existentes en los alrededores del Mar Muerto. Estas creencias tienen poco que ver con la Sagrada Escritura.

46. Mucho más de 8 Kms. Por mediación de Lot esta ciudad (de difícil identificación) se salvó de ser destruida.

47. La Vulgata llama a la tierra de Job, tanto Hus (Job I, 1), como Ausitis (Jer. XXV, 20).

48. El texto impide precisar si aquí se refiere a monjes, o a familias e incluso, como interpretan algunos, a escombros.

49. El texto aquí se halla estropeado y no permite completar la palabra griega, cuyas últimas sílabas son *opu*.

50. El título de "Rey de las naciones" no es de Codolagomor (o como dicen otros, Codorlaómer), sino de Tadal, el cuarto rey, en quien hoy se quiere ver a un soberano hitita.

51. Casi 300 ms.

52. La palabra latina "operari", usada por la autora, adoptó varias significaciones: como "ejercer el ministerio", "realizar obras de caridad", etc.

53. Aquí falta una hoja (dos páginas escritas) que fue arrancada del manuscrito.

54. Sobre la ubicación de Cárneas no existe unidad de parecer. Nuestra autora en XIII, 2 afirma que la ciudad de Job, anteriormente llamada Denaba, se levanta entre los límites de Idumea y Arabia. El *Onomasticón* en 112, 3 la considera una importante ciudad de la Arabia, más allá del Jordán. San Jerónimo la sitúa en el ángulo de Batanea a 6 Kms. al sur de la actual Nawa. Quizás pueda reconocerse esta ciudad en la antigua Qarnaim, que sucedió a Asthareth, transformada en distrito llave, después de la campaña de Teglatfalasar III el año 733 a.C. Pertenecía a la Provincia de Arabia Bizantina. Para esto cf. F. M. Abel, *Géographie de la Palestine,* II, 184 ss. No la hemos asentado en nuestro mapa en forma definitiva por carecer de suficiente certeza y no poder precisar el alcance de las palabras de Eteria.

55. Unos 145 ms.

56. La leyenda de la correspondencia cambiada entre el rey Abgar y Jesucristo fue muy tenida en cuenta en la antigüedad, especialmente en Oriente, y parece haber tenido origen por el siglo tercero. Ha dejado memoria de ella Eusebio en su Historia Eclesiástica. Las cartas son apócrifas, y según ellas, Ananías, un pintor de la corte real, habría servido de correo entre Abgar y Jesús. La curación del rey habría sido realizada por un discípulo enviado por el apóstol Santo Tomás; el cual, a su vez, sería enviado a predicar el Evangelio al rey y a su pueblo, después de la ascensión del Salvador a los cielos.

57. Antioquía era la capital de la provincia Cele-Siria. Después de Roma y Alejandría era la ciudad más importante del Imperio Romano. Por el año 341, separaron la provincia Augustofratense, con Hierápolis por capital, ciudad de gran importancia militar.

58. Algo más que 22 Kms.

59. "Confesor" es una palabra que encerró distintas significaciones a lo largo de la historia eclesiástica. Aquí en el texto designa un monje de eximias virtudes dedicado al servicio eclesiástico.

60. Estos textos pudieron haber sido lo que el Evangelio narra de este apóstol (Juan XX, 24-29), o quizá las Actas (apócrifas) del martirio del santo Apóstol en las Indias.

61. Probable referencia a palabras de la presunta carta de Jesús a Abgaro.

62. Casi 5 Kms.

63. Es probable que se refiera a la traducción de Eusebio hecha por Rufino por el año 398 según unos, y en 403 según otros; de modo que el viaje de Eteria sería no muy posterior a estas fechas.

Para curiosidad del lector transcribimos ambas cartas tal como se hallan en la Historia de Eusebio (I, 13):

"Abgaro, príncipe de Edesa, al buen Salvador Jesús que apareció en los confines de Jerusalén, salud. Han llegado a mí noticias acerca de ti y de las curaciones que tú llevas a cabo sin hierbas ni medicinas. Pues es fama que tú has restituido la vista a los ciegos, el andar a los cojos, que los leprosos son limpios, expulsados los demonios y los espíritus inmundos, sanados los oprimidos por enfermedades prolongadas y por último resucitados los muertos. Habiendo oído estas cosas acerca de ti, me he convencido, o de que tú eres verdaderamente Dios, que bajado del cielo haces estas cosas, o ciertamente Hijo de Dios. Por lo tanto te he escrito, rogándote que nos visites y que no te pese sanar nuestra enfermedad. Pues oigo decir que los judíos te denigran y preparan insidias para tu cabeza. Poseo una ciudad, ciertamente pequeña, pero decorada, que es suficiente para nosotros dos."

Contestación: "Bienaventurado eres, Abgaro, que has creído en mí sin haberme visto. Pues de mí está escrito que los que me vieren no creerán en mí, y que recibirán la vida los creyentes que no me hubiesen visto. En cuanto a lo que me escribes de que yo vaya a ti, tengo necesidad de cumplir aquí todas las cosas por las cuales he sido enviado y, una vez cumplidas éstas, volver al que me envió. Además, apenas me hubiere trasladado a Aquél, te enviaré alguno de mis discípulos, que cure tu enfermedad, y dé la vida a ti y a los tuyos".

64. Este mártir no figura en ningún martirologio; con seguridad es un santo indígena de veneración particular de esta región.

65. El 23 de abril.

66. La palabra maravillas (*virtudes*) —cosas maravillosas—, puede significar tanto los milagros realizados por personas santas, como lo extraordinario de su forma de vida.

67. Unos 1.400 ms.

68. Nacor, hermano de Abraham, es padre de Batuel; el cual, a su vez, es padre de Labán y Rebeca.

69. La palabra *canon,* ya se usaba desde mediados del siglo IV para designar la lista de los libros de la Sagrada Escritura reconocidos por la Iglesia como divinamente inspirados.

70. Unos 1.400 ms.

71. Casi 9 kms.

72. Algo más de 700 ms.

73. Labán adoraba al Dios verdadero (Gén., XXXI, 53). Se trata, pues, de unos amuletos a los que atribuía no más de un valor supersticioso, no obstante estar él inficcionado de paganismo e idolatría. Probablemente se refiere a los *terafim* o dioses penates.

74. Es la protomártir de las vírgenes, discípula y colaboradora de San Pablo. Forma como el tipo de las vírgenes cristianas, y gozó de gran veneración en la antigüedad cristiana.

75. Unos 2 Kms. y 200 ms.

76. Es la primera referencia que se hace en este diario a los monasterios femeninos.

77. Se llamaban diaconisas aquellas mujeres vírgenes o viudas, de edad madura, a quienes el obispo había impuesto las manos. Sus funciones variaron con los lugares y los tiempos. Fueron de origen apostólico.

78. Este nombra apotactites, aparece por primera vez en este diario y ya no será la última. Con él se designaban todos aquellos, hombres o mujeres, que renunciaban a los bienes de este mundo; vivían junto a la iglesia o agrupados en casas particulares. Su vida se ligaba estrechamente a la celebración del culto. Formaban como una clase entre el clero y los fieles.

79. Estas actas forman parte de la literatura apócrifa del Nuevo Testamento. El episodio de Santa Tecla ocupa un lugar muy importante en "Las Actas de Pablo"; sin duda que a esta literatura se refiere nuestra autora.

80. Santa Eufemia fue martirizada en Calcedonia a principios del siglo IV. Su culto se extendió mucho entre los griegos. En esta basílica, erigida en su honor, tuvo lugar el año 451 el célebre Concilio de Calcedonia.

81. San Juan se refugió en Efeso después de la toma de Jerusalén y después de su destierro en la isla de Patmos; allí murió y fue sepultado hacia el año 100. Varios templos tenía la ciudad en su honor; el más célebre lo hizo construir Justiniano en 540.

SEGUNDA PARTE

LITURGIA DE LA IGLESIA DE JERUSALEN

MONUMENTOS CONSTANTINIANOS (1)

Esta segunda parte es de notable importancia para el estudio de la antigua liturgia. Para que el lector pueda apreciar las descripciones de Eteria, es conveniente tener presente el plano, que adjuntamos, de los edificios construidos por el emperador Constantino y su madre Santa Elena sobre el Gólgota y la tumba del Redentor. Añadimos a él, resumida, la descripción que de estos monumentales edificios, hace el eminente arqueólogo palestinense P. Meistermann, O.F.M.

Ciento noventa años después de la profanación llevada a cabo por Adriano, Santa Elena, deseando honrar el teatro de la Pasión y de la Resurrección, hizo destruir las obras ordenadas por Adriano en honor de los dioses sobre los lugares santos. Una vez puestos a luz estos lugares, el emperador Constantino ordenó la construcción de un monumento grandioso y suntuoso, "digno del lugar más venerable del mundo", según sus propias palabras. La roca que contenía la tumba del Salvador, fue aislada de la ladera de la colina y se le dio una forma redonda; todo lo demás rebajado hasta el nivel de la entrada del sepulcro. Sobre esta superficie así aplanada, se erigió un espléndido monumento redondo, cubierto por una cúpula, cuyo diámetro exterior medía 36,52 ms. En el interior del templo, a 6 metros de las paredes exteriores, había una circunferencia de 12 columnas intercaladas cada 3 por 2 pilastras. En el centro de esta circunsferencia estaba el monumento que cubría la tumba sagrada. Este grandioso templo se llamaba la Anástasis, es decir, Resurrección. Al este y a continuación de la Anástasis, se abría un atrio cerrado por magníficos pórticos sostenidos por columnas que Eteria llama atrio "antes de la Cruz", porque en el ángulo sudeste, se conservaba el Calvario. Allí estaba al descubierto el Gólgota, tallado a pico y reducido a un cubo de 6 por 5 ms. Las superficies exteriores de este cubo estaban cubiertas de preciosos mosaicos; la superior, rodeada por una balaustrada de plata y en su centro se elevaba una gran cruz prodigiosamente ornada. En la extremidad oriental de este patio y cerrándolo por ese lado, Constantino construyó una monumental basílica, que llamó *Martyrium,* y que nuestra autora menciona también con el nombre de "iglesia mayor, que está después de la Cruz". Tenía cinco naves separadas por columnas de mármol y en

el centro una cripta, que era la gruta donde Santa Elena había encontrado el madero de la santa Cruz. Poseía este soberbio templo tres grandes puertas que se abrían al oriente, frente a otro grandioso atrio de unos 37 ms. de lado, cerrado, rodeado de un pórtico sostenido por columnas; su parte este, también de 3 puertas, daba a los propileos y por éstos a la calle. La línea eje de todos estos edificios pasaba los 150 ms. (Cf. *Guida di Terra Santa,* pág. 127 y sig. Firenze, 1925).

XXIV. Liturgia de cada día (*)

1. Para que vuestra caridad conozca los oficios que diariamente se realizan en los santos lugares, me creo en el deber de exponerlos. No se me oculta que tendrán gusto en ello.

Todas las puertas de la Anástasis se abren cada día antes del canto de los gallos (1). Bajan todos los *monazontes* (monjes) y las *parthenae* (vírgenes), como se los llama aquí (2). Y no sólo ellos, sino también los laicos, hombres y mujeres, que desean velar desde muy temprano (3). Desde esa hora hasta el amanecer se dicen himnos; los salmos se alternan e igualmente las antífonas (4). A cada himno se reza una oración. Dos o tres sacerdotes diariamente se turnan, lo mismo los diáconos con los monazontes, recitando las oraciones de cada himno y de cada antífona.

2. Cuando comienza a aclarar, se recitan los himnos matutinales (5). Llega entonces el obispo con el clero, y de inmediato penetra en la gruta. Desde adentro de los canceles, primeramente dice una oración por todos, después menciona los nombres de aquellos a quienes quiere recordar (6) y bendice a los catecúmenos. Pronuncia todavía una oración y bendice a los fieles. Sale después el obispo de adentro de los canceles y todos se le aproximan para besarle la mano. Al salir los bendice uno por uno y los despide de este modo, cuando ya ha aclarado totalmente.

3. A la hora de sexta (mediodía), nuevamente descienden todos a la Anástasis. Se rezan salmos y antífonas mientras se avisa al obispo, el cual desciende, como anteriormente, y no se sienta, sino que de inmediato va detrás de los canceles dentro de la Anástasis y entra en la gruta en la que estuvo por la mañana. Allí hace primero oración y bendice a los fieles. Cuando luego sale de los

canceles, se le acercan para besarle la mano. A la hora novena (a las 15) se hace lo mismo que al mediodía.

4. A la hora décima (a las 16), tiene lugar lo que aquí suele llamarse *licinicón* y que entre nosotros se denomina "lucernario" (7). Toda la muchedumbre se reúne en la Anástasis. Se encienden todas las lámparas y los cirios, lo cual produce un extraordinario resplandor. La llama no se trae de afuera, sino del interior de la gruta, donde una lámpara brilla sin cesar, tanto de día como de noche, dentro de los canceles. Se reza por largo rato los salmos lucernarios y las antífonas. Entonces se advierte al obispo, quien desciende y se sienta en un elevado sitial. También los sacerdotes se sientan en sus lugares. Se recitan himnos y antífonas (8).

5. Al concluirlos, el obispo se levanta y permanece de pie delante del cancel de la gruta. Uno de los diáconos, como es de práctica, hace memento de todos. A cada nombre pronunciado por el diácono, los numerosos niños que están de pie agregan con muy grandes voces: *Kyrie eleison;* o como nosotros decimos: Señor, tened piedad de nosotros.

6. Cuando el diácono terminó de decir lo que debía, el obispo eleva primeramente una oración por todos, y así en común rezan fieles y catecúmenos. Otra vez el diácono levanta la voz pidiendo a todos los catecúmenos presentes que inclinen la cabeza, y el obispo de pie pronuncia la bendición sobre ellos. Se itera la oración y de nuevo el diácono levanta la voz y pide a todos los fieles allí presentes que inclinen la cabeza, y el obispo bendice a los fieles. De este modo se despiden de la Anástasis, y se acercan al obispo para besarle la mano uno a uno.

7. Después se dirige el obispo desde la Anástasis hasta la Cruz entre himnos, y todo el pueblo lo acompaña (9).

Una vez allí, eleva ante todo una plegaria y bendice a los catecúmenos; luego, después de otra oración, bendice a los fieles. A continuación, tanto el obispo como la multitud van detrás de la Cruz y allí se ejecuta de nuevo lo mismo que se hizo delante de ella. Como en la Anástasis, delante y detrás de la Cruz, se acercan para besar la mano del obispo. Enormes candelas de vidrio penden numerosas por doquier. Gran cantidad de cirios se encuentran ya delante de la Anástasis, como delante y detrás de la cruz. Todo acaba con la llegada de la noche. Estas ceremonias se realizan por entero durante seis días de la semana junto a la Cruz y en la Anástasis.

8. El séptimo día, o sea, el domingo (10), antes que canten los gallos, se congrega la multitud, toda la que puede estar en ese lugar —tanta como si fuese Pascua—, en la basílica situada cerca de la Anástasis; pero afuera, por cuya causa penden luminarias. Porque temiendo no llegar para el canto de los gallos, acuden con anticipación, y allí se sientan. Se recitan himnos y antífonas. Por cada himno y por cada antífona se rezan oraciones. En ese lugar se hallan siempre sacerdotes y diáconos dispuestos a celebrar estas vigilias atendiendo a la muchedumbre allí congregada, porque es costumbre de que no se abran los santos lugares antes del canto de los gallos.

9. Pero una vez que cantó el primer gallo, de inmediato baja el obispo y entra en la gruta de la Anástasis, en la cual brillan innumerables luces. Una vez entrado el pueblo, cualquiera de entre los sacerdotes dice un salmo; responden todos y luego eleva una oración. Del mismo modo, uno de los diáconos recita otro salmo y pronuncia también una oración. Un tercer salmo lo dice uno de entre los clérigos, hace una tercera oración y una conmemoración por todos.

10. Acabados los tres salmos y hechas las tres oraciones, entonces se introducen incensarios en la gruta de la Anástasis, de tal modo que toda la basílica de la Anástasis se llena de perfumes. El obispo, que está de pie tras los canceles, toma el Evangelio, se acerca a la puerta y él mismo lee el pasaje de la Resurrección del Señor. Desde el comienzo de la lectura, se escuchan tales gritos y gemidos de los asistentes y tales llantos que el más insensible sería movido a lágrimas al recordar cuánto el Señor ha sufrido por nosotros.

11. Leído el Evangelio, el obispo sale y es conducido a la Cruz entre himnos y todo el pueblo lo acompaña. Se recita nuevamente allí un salmo y se dice una oración. Luego bendice a los fieles y se hace la despedida. Mientras el obispo sale, acuden todos a besarle la mano.

12. Entonces el obispo se retira a su casa. A partir de este momento todos los monazontes regresan a la Anástasis. Hasta el amanecer se entonan salmos y antífonas, y a cada salmo y antífona se hace una oración. Todos los días por turno, los sacerdotes y los diáconos celebran estas vigilias con el pueblo en la Anástasis. También los laicos, hombres y mujeres, si así lo desearen, perma-

necen en el lugar hasta el amanecer; los que no quieren, tornan a sus casas a dormir y reposar.

XXV. Oficio de la mañana

1. Cuando hubo amanecido, por ser día domingo, se va en procesión a la iglesia mayor, que mandó construir Constantino. Esta iglesia se levanta en el Gólgota, detrás de la Cruz (11). Se cumple en ella todo cuanto se acostumbra hacer el domingo en todas partes.

Existe aquí la costumbre que permite a todos los sacerdotes del lugar predicar si lo desean. Después de ellos, predica el obispo. Todos los domingos se realizan estas predicaciones para instruir al pueblo en las Escrituras y en el amor a Dios. El tiempo insumido por estas predicaciones retarda mucho la salida de la iglesia, pues no se sale antes de la hora cuarta y quizá quinta (a las 10 ó a las 11).

2. La despedida de la iglesia se hace de acuerdo a la costumbre que hay en todas partes; los monazontes entre cantos conducen al obispo hasta la Anástasis. Al canto de los himnos, el obispo se pone en marcha y entonces se abren las puertas de la basílica de la Anástasis y penetra todo el pueblo; pero no los catecúmenos, sino solamente los fieles.

3. Tras de haber entrado el pueblo, lo hace también el obispo y de inmediato va detrás de los canceles de la gruta. Primeramente se dan gracias a Dios (12), luego se eleva una plegaria por todos. A continuación el diácono levanta la voz ordenando que inclinen la cabeza todos los presentes y el obispo, estando de pie tras los canceles interiores, los bendice y luego sale.

4. Mientras sale, todos se le acercan para besarle la mano. De este modo la despedida se extiende hasta la quinta o sexta hora (11 ó 12).

El lucernario se cumple igualmente según la práctica diaria. Esta práctica se observa todos los días durante el año entero, con excepción de los días de fiesta, cuya modalidad explicaremos más adelante.

5. Entre todo, lo más señalado es esto, que los salmos y las antífonas, tanto los de la noche y de la mañana, como los de las

horas sexta, novena y los del lucernario, se dicen siempre apropiados y adaptados al tema de la ceremonia que se realiza (13).

6. Y aun cuando durante el año, el domingo siempre se oficia en la iglesia mayor —la que se levanta en el Gólgota, detrás de la Cruz, y que hizo construir Constantino—, sin embargo un solo domingo, el quincuagésimo día después de Pascua, es decir, el de Pentecostés, se va a Sión (14); empero de tal manera que se salga para Sión y se llegue allí antes de la hora tercia (las 9) habiéndose primeramente celebrado misa en la iglesia mayor... (15).

CICLO DE LA EPIFANIA

Epifanía

..."Bendito sea el que viene en nombre del Señor", y lo demás que sigue (Mateo, 21, 9). Dado que los monazontes van a pie, se debe caminar con más lentitud. Por esto se llega a Jerusalén a la hora en que un hombre ya puede distinguir a otro, esto es, cerca del día, pero antes de que se haga luz (16).

7. Al llegar allí entra el obispo de inmediato en la Anástasis y todos con él. Las luces iluminan extraordinariamente. Se entona un salmo y se dice una oración. A continuación, el obispo bendice primeramente a los catecúmenos y luego a los fieles. El obispo se retira y cada uno va a su morada para descansar. Pero los monazontes permanecen allí hasta el día, recitando himnos.

8. Cuando el pueblo ya ha descansado, hacia la hora segunda (las 8), se congregan todos en la iglesia mayor, que está en el Gólgota. Considero superfluo describiros cuál sea el ornato de la iglesia en ese día, tanto de la Anástasis como la de la Cruz y la de Belén. No se ve otra cosa que oro, piedras preciosas y seda. Si observáis las colgaduras, son de seda recamada en oro; si miráis las cortinas, son también ellas de seda bordada con oro. Los objetos del culto de toda especie, que se exponen ese día, son de oro con incrustaciones de piedras preciosas. En cuanto al número y valor de los candeleros, de las lámparas y de los demás objetos de culto, ¿quién podría valorarlos y describirlos?

9. ¿Y qué decir de la decoración de los edificios, que Constantino —con la vigilancia de su madre y empleando todos los

recursos del imperio— ha colmado de oro, mosaico y mármoles preciosos, tanto la iglesia mayor, cuanto la Anástasis, la Cruz y los otros lugares de Jerusalén?

10. Pero tornando a nuestro asunto; el primer día se celebra la misa en la iglesia mayor que está en el Gólgota. Se predica, se leen las lecciones, se entonan himnos; todo apropiado al día. Luego de la salida de la iglesia se va cantando a la Anástasis, como de costumbre. La despedida tiene lugar, más o menos, a la hora sexta (mediodía). Ese mismo día se cumple el lucernario como suele hacerse siempre.

Octava de la Epifanía

11. Al día siguiente se va también a la iglesia del Gólgota y de igual manera el tercer día. Así, pues, durante tres días hasta la hora de sexta, se celebra esta fiesta en la iglesia que construyó Constantino.

El día cuarto, se celebra en la Eleona, es decir, en una iglesia muy bella levantada en el Monte de los Olivos, con igual decoración y la misma pompa (17). El día quinto es en el *Lazarium,* que, Jerusalén dista, más o menos, mil quinientos pasos (18).

El sexto día, en Sión; el séptimo en la Anástasis, y el octavo en la Cruz. De este modo durante los ocho días se despliega toda esta pompa y este adorno en los lugares santos que acabo de nombrar.

12. En Belén durante esta octava se exhibe cada día el mismo ornato y la misma pompa,. desplegada por los sacerdotes, por todo el clero del lugar y por los monazontes allí radicados (19). Porque desde la hora de la noche en que todos con el obispo regresan a Jerusalén, hasta el amanecer los monjes del lugar continúan de vela en la iglesia de Belén, recitando himnos y antífonas; pues es necesario que el obispo permanezca durante esos días siempre en Jerusalén. A causa de la solemnidad y de la pompa de ese día, turbas innumerables de todas partes se reúnen en Jerusalén, no sólo de monazontes, sino también de laicos, hombres y mujeres.

XXVI. Fiesta de la Presentación

1. El día cuadragésimo después de la Epifanía se celebra aquí con muchísima solemnidad (20). Pues se realiza una procesión a la Anástasis. Todos participan cumpliendo los ritos en el orden habitual y con muy gran pompa como si fuera Pascua. También predican todos los sacerdotes y el obispo, comentando aquel pasaje del Evangelio en el que se narra que a los cuarenta días de nacido, José y María llevaron al Señor al templo; donde lo vieron Simeón y la profetisa Ana, hija de Fanuel, y las palabras que profirieron al contemplarlo, y la ofrenda que los padres presentaron (Luc., 2, 21-39).

Después de cumplirse con regularidad todas las ceremonias habituales, se celebran los sacramentos y luego se hace la despedida (21).

CICLO CUARESMAL

XXVII. Ayunos de cuaresma

1. Cuando llegan los días de Pascua, se celebra aquí de este modo.

Entre nosotros se ayuna cuarenta días antes de Pascua; mientras aquí, ocho semanas. Se observan ocho semanas, pero los sábados y los domingos no se ayuna. Se exceptúa un sábado, el de la vigilia de Pascua, en el que se debe ayunar. Por tanto, fuera de este día, durante todo el año en sábado nunca se ayuna. Luego si las ocho semanas se quitan los ocho domingos y los siete sábados —pues debe ayunarse un sábado, como dije antes—, quedan cuarenta días de ayuno; aquí llamados *eortae,* es decir, la cuaresma (22).

Liturgia de la semana cuaresmal

2. En cada uno de los días de estas semanas, se practica lo siguiente: El domingo, al primer canto del gallo, lee el obispo en el interior de la Anástasis el pasaje del Evangelio relativo a

la Resurrección del Señor, como se hace en los domingos de todo el año.

3. De igual modo en la Anástasis y en la Cruz se realiza hasta el amanecer lo que se hace en los domingos de todo el año. Después de lo cual, de mañana, se va, tal como todos los domingos, en procesión a la iglesia mayor, llamada *Martyrium* y que se encuentra en el Gólgota, detrás de la Cruz.

Del mismo modo se realiza la despedida de la iglesia y entre himnos se va a la Anástasis, como se hace los domingos. Con estas ceremonias se llega a la hora quinta (las 11). Igualmente el lucernario tiene lugar en su hora, como de costumbre, en la Anástasis y en la Cruz y en cada uno de los lugares santos. El domingo no se celebra el oficio de la hora novena.

4. También la segunda feria (lunes) se va a la Anástasis desde el primer canto del gallo como en todo el año y hasta el amanecer se realiza lo mismo de siempre (23). A la hora tercera (las 9), se va otra vez a la Anástasis y se cumple todo aquello que durante el año se acostumbra a la hora sexta (mediodía), pues durante la cuaresma se añade este oficio a la hora tercera. También en las horas sextas, novena y del lucernario se cumple lo que siempre se acostumbra durante todo el año en estos lugares santos.

5. Asimismo, en la tercera feria (martes) todo se realiza como en la segunda. De igual manera, en la cuarta feria (miércoles) se va a la Anástasis por la noche y se oficia lo establecido hasta la mañana. Igualmente a la tercera y sexta horas. Con respecto a la novena hora, todo el año hay costumbre de trasladarse a Sión a esta hora, en las ferias cuarta y sexta (miércoles y viernes), excepto los días de fiesta de algún mártir. Siempre la cuarta y sexta feria son días de ayuno también para los catecúmenos. A la hora novena se va a Sión. Si por acaso durante la cuaresma coincidieran en miércoles o viernes las fiestas de los mártires, a la hora novena (las 15) no se va a Sión.

6. Como acabo de decir, en tiempo de cuaresma se va a Sión en la hora novena de la feria cuarta. Allí se hace cuanto suele hacerse durante todo el año en esa hora, excepto la oblación. Para que el pueblo conozca la ley, el obispo y los presbíteros le instruyen por medio de la predicación. Después de hecha la despedida, todo el pueblo acompaña al obispo desde allí a la Anástasis cantando himnos. Desde allí el recorrido se hace de tal manera que,

al entrar en la Anástasis, ya es la hora del lucernario; luego se dicen himnos y antífonas, se rezan oraciones y tiene lugar la despedida del lucernario en la Anástasis y en la Cruz.

7. Mas la despedida del lucernario en esos días de cuaresma se hace siempre más tarde que en el resto del año.

En la feria quinta todo se hace como en la feria segunda y la feria tercera. En la feria sexta todo se hace como en la feria cuarta; se van también a nona a Sión y de allí, con himnos, es llevado el obispo a las Anástasis. Pero en la feria sexta se celebran las vigilias en la Anástasis desde la hora en que se ha regresado de Sión con himnos hasta la madrugada, esto es, desde la hora del lucernario en que se entró hasta el amanecer del día siguiente, el sábado. Se hace la oblación en la Anástasis más temprano para que la despedida sea antes de la salida del sol.

8. Durante toda la noche se dicen, unas veces salmos con sus responsorios, otras veces antífonas, otras varias lecciones: todo lo cual dura hasta el amanecer. La misa, esto es, la oblación, que se hace el sábado en la Anástasis, tiene lugar antes de la salida del sol, para que en la hora en que comienza a salir el sol tenga lugar la despedida en la Anástasis. Así se celebran todas las semanas de cuaresma.

Los hebdomadarios

9. Lo que he dicho, que la misa del sábado se dice más temprano, antes de salir el sol, es para que puedan terminar más pronto su ayuno los llamados aquí «hebdomadarios». Pues hay aquí domadarios (24). Pues para el ayuno de cuaresma existe aquí la costumbre que los hebdomadarios (con otras palabras, los que hacen semanas de ayuno) coman el domingo al concluir la misa a la quinta hora (las 11). Desde el almuerzo del domingo ya no comen más, sino el sábado por la mañana, después de haber comulgado en la Anástasis. Por esta causa, pues, para que puedan más pronto romper el ayuno, el sábado se reza la misa en la Anástasis antes de levantarse el sol. Al decir que por causa de ellos la misa se celebra tan de mañana, no significa que sean ellos los únicos en comulgar, pues ese día lo hacen cuantos lo desean (25).

XXVIII. Otras formas de ayuno cuaresmal

1. Esta es aquí la costumbre de los ayunos de cuaresma: algunos, después de haber comido el domingo, después de la misa, a la quinta o sexta hora (a las 11 ó al mediodía), ya no comen más en toda la semana hasta el sábado siguiente después de la misa en la Anástasis. Estos son los que ayunan las semanas enteras.

2. Después de haber comido el sábado por la mañana ya no lo hacen a la tarde; sino que al día siguiente, domingo, almuerzan después de salir de la iglesia, a la hora quinta (las 11) o más tarde y, como antes dije, ya no comen hasta el sábado siguiente.

3. Otra costumbre hay: los llamados aquí apotactites, hombres y mujeres, solamente comen una vez al día, no sólo en la cuaresma, sino todo el año. Si entre ellos hubiera alguno que no pudiese soportar semanas enteras de ayuno, según dijimos, en la cuaresma cena a media semana en la feria quinta (jueves). Quien ni siquiera esto pudiese, ayuna dos días en cuaresma; y por fin, aquel que ni esto mismo pudiese, come sólo a la tarde de cada día.

4. Nadie impone lo que debe cumplirse, sino que cada uno realiza lo que puede. Quien hace mucho no es alabado; ni vituperado, quien menos (26). Esta es la costumbre que existe en estos lugares.

El alimento durante la cuaresma es el siguiente: No se puede tomar pan ni saborear aceite ni cualquier otro producto vegetal, sino agua tan sólo y algunas gachas de harina... (27) ...así se cumple la cuaresma, según dijimos.

XXIX. Séptima semana de cuaresma

1. Y concluidas estas semanas... (28), las vigilias se cumplen en la Anástasis, el viernes desde la hora del lucernario (a la cual se viene de Sión cantando salmos) hasta el sábado por la mañana cuando se hace la oblación en la Anástasis. En la segunda, tercera cuarta, quinta y sexta semanas, se hace lo mismo que en la primera semana de cuaresma.

2. Al llegar la semana séptima, cuando tan sólo faltan dos

para la Pascua, diariamente sucede todo como en las semanas precedentes. Tan sólo que las vigilias que se celebraban durante las seis semanas en la Anástasis, ahora se realizan en Sión el viernes de la séptima, todo conforme al rito con que se solía hacer en la Anástasis durante las seis semanas. En todas las vigilias se recitan salmos y antífonas, adecuados siempre al lugar y al día.

3. El sábado, al despuntar el día, el obispo ofrece el sacrificio y realiza la oblación por la mañana. A la despedida, el archidiácono (29) levanta la voz y dice: "Que todos nos encontremos hoy a la hora séptima (a las 13) en el *Lazarium*" (30). Hacia la hora séptima todos se encaminan al *Lazarium*. El *Lazarium*, esto es, Betania, dista de la ciudad alrededor de dos millas (31).

4. Cuando se va de Jerusalén al *Lazarium*, a casi quinientos pasos (32) de este lugar, se destaca una iglesia sobre el sitio donde María, hermana de Lázaro, fue al encuentro del Señor. Cuando llega ahí el obispo, salen todos los monjes a su encuentro. Entonces penetra el pueblo, se entona un solo himno y una sola antífona y se da lectura a aquel pasaje del Evangelio, en el que se describe que la hermana de Lázaro sale al encuentro del Señor (Juan, 11, 29). Hecha luego una oración, se bendice a todos y entre himnos se continúa al *Lazarium*.

5. Llegados al *Lazarium*, se congrega tanta muchedumbre que, no sólo el lugar preciso, sino también todos los campos circundantes, se ven colmados de hombres. Se entonan himnos y también antífonas apropiadas al día y al lugar; igualmente, las lecturas son apropiadas al día. A la despedida se anuncia la Pascua: un sacerdote sube sobre un sitial elevado y lee el pasaje del Evangelio donde está escrito: "Habiendo venido Jesús a Betania, seis días antes de la Pascua", y lo demás (Juan, 12, 1). Leído este pasaje y anunciada la Pascua, se retiran.

6. Se realiza esta ceremonia en ese día, porque consta en el Evangelio que seis días antes de la Pascua así se hizo en Betania. En efecto, desde el sábado hasta el jueves —en que después de la cena por la noche se prendió al Señor— hay seis días. La gente toda retorna a la ciudad en derechura hacia la Anástasis y como de costumbre se reza el lucernario.

XXX. Semana Mayor

1. Al día siguiente, domingo, se entra en la semana pascual, aquí llamada "semana mayor" (33). A partir del canto del gallo, se celebró cuanto es costumbre en la Anástasis y en la Cruz, hasta el amanecer. El domingo de mañana, como siempre, se va a la iglesia mayor, llamada *Martyrium.* Así se la denomina por levantarse en el Gólgota, detrás de la Cruz, en el lugar donde el Señor sufrió su pasión.

2. Cuando, pues, se hubo celebrado en la iglesia mayor todo lo que es de práctica y, antes de la despedida, en voz alta el archidiácono primeramente dice: "Durante esta semana, a partir de mañana, a la hora novena (a las 15), reunámonos todos en el *Martyrium;* es decir, en la iglesia mayor". Y luego, por segunda vez y de igual modo, dice: "Hoy a la hora séptima (a las 13), encontrémonos en la Eleona" (34).

3. Realizada la despedida en la iglesia mayor —es decir, en el *Martyrium*—, se acompaña con himnos al obispo hasta la Anástasis, y después de cumplido lo que se acostumbra los domingos en la Anástasis, después de la salida del *Martyrium,* yendo a su casa, cada uno se apresura a comer para que, iniciada la hora séptima, todos puedan estar en la iglesia de Eleona; es decir, en el monte de los Olivos, donde existe aún la gruta en la que enseñaba el Señor (35).

XXXI. La procesión de los ramos

1. Por tanto, a la hora séptima, todo el pueblo asciende al Monte de los Olivos; es decir, a la iglesia, a la Eleona, y también el obispo. Se entonan himnos y antífonas apropiadas al día y al lugar. También se leen trozos. Al acercarse la hora novena (las 15), se sube entre himnos al *Imbomón;* es decir, al lugar desde el cual ascendió el Señor a los cielos y allí se sientan (36).

Presente el obispo, se ordena a todo el pueblo sentarse; tan sólo los diáconos permanecen de pie. Todavía se entonan himnos y antífonas apropiadas al lugar y al día; al igual, se intercalan lecturas y oraciones.

2. Al acercarse la hora undécima (las 17), se lee el pasaje del Evangelio en que los niños, con ramos y palmas, fueron al encuentro del Señor, diciendo: "¡Bendito sea, el que viene en nombre del Señor!" (37). En seguida el obispo se levanta con el pueblo y descienden todos a pie desde la cima del Monte de los Olivos. La muchedumbre camina delante de él cantando himnos y antífonas. Siempre responden: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!".

3. Los infantes de la región, aun aquellos que no pueden caminar por ser demasiado tiernos y que sus padres llevan en brazos, todos tienen ramos, unos de palma y otros de olivos. De este modo se escolta al obispo, como lo fuera antes el Señor.

4. Desde la cima del monte a la ciudad, y ahí atravesándola hasta la Anástasis, van todos de a pie, aun las matronas y los altos personajes, escoltando al obispo y respondiendo. Se marcha con lentitud para no cansar al pueblo y se llega a la Anástasis, caída ya la tarde. Una vez allí, aunque sea muy tarde, se entona el lucernario, se itera una oración a la Cruz y se despide al pueblo.

XXXII. Lunes Santo

1. Al día siguiente, segunda feria (lunes), en la Anástasis se cumple cuanto suele hacerse a partir del primer canto del gallo hasta el amanecer. En la hora tercera y sexta (a las 9 y 12) se realiza lo mismo que durante toda la cuaresma.

A la hora novena (las 15), todos se congregan en la iglesia mayor; es decir, en el *Martyrium,* y hasta la primera hora de la noche (las 19) rezan de continuo himnos y antífonas, se leen trozos apropiados al día y al lugar; siempre se intercalan oraciones.

2. El lucernario se celebra allí al llegar la hora. Ya es de noche cuando se hace la despedida en el *Martyrium.* Después de la despedida, entre himnos se conduce al obispo hasta la Anástasis. Una vez en ella, se entona un solo himno, se pronuncia una plegaria, se bendice a los catecúmenos, luego a los fieles, y se despiden.

XXXIII. Martes Santo

1. En la feria tercera (martes) se hace todo como el lunes. Lo único que se agrega es que de noche avanzada, después de hecha la despedida en el *Martyrium,* e ido a la Anástasis, y realizada allí de nuevo la despedida, a pesar de lo avanzado de la hora, todos ascienden a la iglesia que se levanta en el monte, a la Eleona, ya de noche.

2. Llegados a la iglesia, el obispo entra en la gruta en la que el Señor solía instruir a sus discípulos. Toma el libro del Evangelio y de pie lee él mismo las palabras del Señor, contenidas en el Evangelio, según San Mateo, del pasaje que dice: "Cuidad que nadie os seduzca" (Mat., 24, 4). El obispo lee el discurso entero y luego pronuncia una oración. Se bendice a los catecúmenos, después a los fieles. Se realiza la despedida y se regresa de la montaña, entrando cada uno a su casa, muy avanzada ya la noche.

XXXIV. Miércoles Santo

Toda la feria cuarta (miércoles) se desarrolla desde el primer canto del gallo, tal como el lunes y el martes. A la noche —después que se haya hecho la despedida en el *Martyrium,* y se hubiese acompañado al obispo con himnos hasta la Anástasis—, él penetra en seguida en la gruta de la Anástasis y permanece de pie detrás de los canceles. Un sacerdote de pie delante de los canceles, toma el Evangelio y lee el pasaje en el que Judas Iscariote se dirigió al encuentro de los judíos y fijó lo que le darían por entregar al Señor (Mateo, 26, 14).

Cuando este pasaje fue leído, se levantaron tales gritos y gemidos en el pueblo que no hay quien pueda resistir a las lágrimas en ese momento. Después se hace una oración, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y se realiza la despedida.

XXXV. Jueves Santo

1. También en la feria quinta (jueves) se cumple en la Anástasis todo lo que es de costumbre desde el primer canto del gallo

hasta el amanecer. Igualmente en las horas tercera y sexta (9 y mediodía). A la hora octava (las 14), el pueblo entero se congrega como siempre en el *Martyrium;* Pero acude con mayor anticipación que los otros días, pues la despedida debe realizarse con mayor premura. Una vez reunido el pueblo, se cumple lo que es de práctica: la oblación se ofrece ese día en el *Martyrium* y allí mismo se realiza la despedida, más o menos a la hora décima (a las 16); pero antes, en alta voz el archidiácono dice: "A la primera hora de la noche (las 19) hallémonos todos en la iglesia de Eleona, pues en esta noche nos aguarda un gran trabajo".

2. Hecha, pues, la despedida del *Martyrium,* se va detrás de la Cruz, donde se entona un solo himno y se hace una oración. Luego el obispo ofrece la oblación y todos comulgan. Excepto este solo día, nunca se ofrece el sacrificio detrás de la Cruz, durante el año (38). Hecha la despedida, se va a la Anástasis; se eleva una oración y son bendecidos, de acuerdo con la costumbre, los catecúmenos y los fieles. Luego viene la despedida.

En esta forma retornan con premura a su casa para comer, porque luego que hayan comido, todos se encaminan a la Eleona, a la iglesia en la que se encuentra la gruta donde ese día estuvo el Señor con los apóstoles.

3. Allí, más o menos a la hora quinta de la noche (las 23), se entonan himnos y antífonas apropiadas al día y al lugar; y asimismo se hacen lecturas intercalando oraciones. Se leen los pasajes del Evangelio que relatan las conversaciones del Señor con los Apóstoles en este preciso día, sentado en la misma gruta que se encuentra en la iglesia.

Casi a la hora sexta de la noche (las 24), entre himnos se va más arriba hasta el *Imbomón,* justamente hasta el sitio desde el cual subió el Señor a los cielos. Y de la misma manera, nuevamente se hacen lecturas y se dicen himnos y antífonas apropiadas al día. También se elevan oraciones y cualesquiera sean ellas, las dice el obispo y siempre se conforman al día y al lugar.

XXXVI. Conmemoración de la agonía de Jesús

1. Así, pues, al comenzar el canto de los gallos, se desciende del Imbomón cantando himnos y se avanza hasta el sitio mismo en

que oró el Señor, según está escrito en el Evangelio: "Avanzó como a la distancia de un tiro de piedra y rezó", y todo lo demás (Luc., 22, 41). Allí se levanta una elegante iglesia. El obispo y el pueblo todo, entran en ella y se eleva una plegaria apropiada al lugar y al día. También se entona un solo himno adecuado, y se lee el pasaje del Evangelio en el que el Señor dice a sus discípulos: "Vigilad para no entrar en tentación" (Marc., 14, 38). Este pasaje se lee por entero, y de nuevo se reza una oración.

2. Todos, hasta los niños más pequeños, descienden a pie al Getsemaní cantando himnos, en compañía del obispo. Se baja muy lentamente, pues se congrega una gran turba de gentes extenuadas por las vigilias y agotadas por los cotidianos ayunos y deben descender de un monte muy elevado. Las candelas de la iglesia, más de doscientas, fueron preparadas para alumbrar al pueblo.

3. No bien llegan al Getsemaní, primeramente se eleva una oración apropiada, se entona un himno y se lee a continuación el pasaje del Evangelio en el que se prendió al Señor (39). A la lectura se escuchan grandes gritos, gemidos y llanto del pueblo; tales, que quizá se oigan desde la ciudad las lamentaciones de la muchedumbre. De ese momento, a pie y cantando himnos, se encaminan hacia la ciudad. Se llega a la puerta a la hora en que casi comienza un hombre a distinguir a otro. En el interior de la ciudad, están esperando todos sin excepción, grandes y chicos, ricos y pobres. Ese día especialmente nadie se retira de las vigilias hasta la mañana. Desde el Getsemaní se escolta al obispo hasta la puerta y de allí, a través de la ciudad, hasta la Cruz.

4. Cuando se llega junto a la Cruz, ya casi comienza la luz a ser clara. Se lee entonces el pasaje del Evangelio en el que el Señor es conducido a Pilato, y también todo cuanto la Escritura refiere, dicho por Pilato al Señor y a los judíos (Mat., 27, 12).

5. El obispo dirige entonces la palabra al pueblo animándolo por lo que ha sufrido toda la noche y aún deberá sufrir en el día, para que no se desanimen, sino que pongan confianza en Dios, el cual recompensará su sufrimiento con un galardón grande. Y así los conforta cuanto le es posible y les dice: "Idos un momento ahora, cada uno a vuestras casas; reposad un poco, y hacia la segunda hora del día (las 8), estad prontos aquí, a fin de que desde esa hora hasta la sexta (las 12) podáis contemplar el leño

santo de la Cruz, seguros de que nos será útil para nuestra salvación. A partir de la hora sexta, todos nos reuniremos en este lugar, es decir, delante de la Cruz, para entregarnos hasta la noche a lecturas y plegarias".

XXXVII. Viernes Santo

1. Después de esto, se retiran de la Cruz. Antes de que se levante el sol ya se dirigen todos animosos a Sión, para rezar delante de la columna contra la que fuera flagelado el Señor (40). Tornan a descansar un poco en sus casas y en seguida se encuentran de nuevo preparados. Se coloca entonces un sitial para el obispo en el Gólgota. El obispo se sienta en el sitial y ante él se coloca una mesa cubierta con mantel.

2. De pie alrededor de la mesa se encuentran los diáconos. Se lleva un cofre de plata dorada que contiene el madero santo de la Cruz (41). Se abre, se expone y se deposita sobre la mesa tanto la Cruz como el título (42). Luego el obispo, que permanece sentado, toma con sus manos los extremos del sagrado leño y los diáconos, que lo circundan, vigilan. He aquí el motivo de la vigilancia: Existe la costumbre que pase todo el pueblo, uno a uno, tanto los fieles como los catecúmenos; se inclinan delante de la mesa, besan el leño sagrado y prosiguen. Refieren que alguno —ignoro cuándo— de una dentellada robó un trozo del leño santo. Por eso ahora, los diáconos que lo rodean, cuidan para que ninguno al acercarse se atreva a repetirlo.

3. El pueblo, pues, desfila de a uno. Todos se inclinan. Tocan la cruz y el título, primero con la frente, luego con los ojos y prosiguen; pero ninguno pone la mano para tocarla. Después de besar la cruz, al pasar encuentran un diácono que muestra el anillo de Salomón y la ampolla que sirviera para la unción de los reyes (43). Se besa la ampolla y se venera el anillo... (44), todos desfilan hasta la hora sexta entrando por una puerta y saliendo por la otra. Esta ceremonia se realiza en el mismo lugar donde el día antes, esto es, el jueves, se hizo la oblación (45).

4. Al llegar la hora sexta, se va delante de la Cruz, llueva o haga calor. El lugar se encuentra en pleno aire. Se trata de una especie de atrio muy amplio y hermoso, ubicado entre la Cruz y

la Anástasis. Todo el pueblo se aglomera allí, en modo tal que ni siquiera pueden abrirse las puertas.

5. Delante de la Cruz se coloca el sitial para el obispo, y desde la hora sexta hasta la novena se hacen solamente lecturas del siguiente modo: Se lee primero, en los salmos todos los pasajes en los que se habla de la pasión; luego, en los escritos de los apóstoles, ya sea en las epístolas como en los Hechos, todos los pasajes en los que ellos han hablado de la pasión del Señor; y también los mismos pasajes de los Evangelios. Igualmente se lee en los profetas donde ellos predijeron lo que padecería el Señor y en los Evangelios donde se habla de la pasión.

6. Así desde la hora sexta hasta la novena, siempre se leen textos y se entonan himnos para mostrar al pueblo que cuanto predijeron los profetas sobre la pasión del Señor, se ve claramente cumplido tanto en los Evangelios como en los escritos de los Apóstoles. Durante tres horas se enseña a la muchedumbre que nada sucedió sin estar de antemano anunciado, y nada se predijo sin que se cumpliese por entero. De continuo se intercalan oraciones apropiadas al día.

7. A cada lectura y oración, el pueblo se emociona y estalla en gemidos, que maravillan. Ninguno hay, ni grande ni chico, que durante las tres horas de este día no llore en forma increíble lo que el Señor sufrió por nosotros. Después, comenzada la hora novena (las 15), se lee el pasaje del Evangelio según San Juan, cuando entregó el Señor su espíritu (Juan, 19, 30). Concluida esta lectura, se hace una oración y la despedida.

8. Todos al retirarse de la Cruz, se dirigen en seguida a la iglesia mayor, al *Martyrium,* y se cumple cuanto se acostumbra en esta semana cuando después de la hora novena se reúnen en el *Martyrium* hasta la tarde. Después del *Martyrium* van a la Anástasis. Allí se lee el pasaje del Evangelio en el que José pide a Pilato el cuerpo del Señor y lo deposita en un sepulcro nuevo (Juan, 19, 38). A continuación se reza una oración, se bendice a los catecúmenos y se retiran.

9. Ese día no se anuncia que deba continuarse la vigilia en el Anástasis, pues se sabe que todos se sienten fatigados. Existe, sin embargo, la costumbre de continuar allí la vigila. Entre el pueblo, quien quiere, o mejor quien puede, vigila; pero los que no pueden no vigilan allí hasta la mañana. Los clérigos vigilan, pero los que

son más fuertes o más jóvenes. La noche entera se recitan himnos y antífonas hasta la mañana. Grandísima muchedumbre vigila, unos desde la tarde, otros a partir de medianoche; cada uno según sus fuerzas.

XXXVIII. Sábado Santo

1. Al día siguiente, sábado, a la tercera y sexta hora (a las 9 y al mediodía), se oficia como de costumbre. A la novena (las 15) no se cumple el oficio del sábado, sino que se preparan las vigilias pascuales en la iglesia mayor, esto es, en el *Martyrium*. Las vigilias pascuales se cumplen aquí como entre nosotros (46). La única variación es que al salir los neófitos de la fuente, una vez bautizados y vestidos, inmediatamente se los acompaña junto con el obispo hasta la Anástasis (47).

2. El obispo entra detrás de los canceles de la Anástasis, se entona un himno y después el obispo eleva una oración por ellos, con los cuales va luego a la iglesia mayor, donde según costumbre todo el pueblo está en vela. Se hace allí lo que suele hacerse también entre nosotros; y después de la oblación, se hace la despedida (48). Terminadas las vigilias en la iglesia mayor, cantando himnos se va a la Anástasis, donde se relee el pasaje del Evangelio sobre la resurrección; se eleva una plegaria y el obispo nuevamente ofrece la oblación. Todo se cumple con presteza a causa del pueblo, para no demorarlo excesivamente. Luego se lo despide. La despedida de las vigilias se realiza ese día a la misma hora que entre nosotros (49).

CICLO PASCUAL

XXXIX. Día de Pascua y siguientes

1. Como entre nosotros, aquí las fiestas de Pascua se celebran tarde. Los oficios se cumplen en su orden durante los ocho días pascuales, como se acostumbra en todas partes en el tiempo pascual.

La decoración y el ornato para los ocho días después de Pascua son los mismos que en Epifanía, tanto en la iglesia mayor, como en la Anástasis, la Cruz, Eleona y también en Belén y el *Lazarium* y en todas partes, porque son días pascuales.

2. El primer día, domingo, se va en procesión a la iglesia mayor, es decir, al *Martyrium;* de igual modo el lunes y el martes. Después de la despedida del *Martyrium,* como siempre, se va a la Anástasis cantando himnos. El miércoles se va en procesión a Eleona; el jueves, a la Anástasis; el viernes, a Sión; el sábado, delante de la Cruz, y el domingo —día de la octava— se va de nuevo a la iglesia mayor, el *Martyrium.*

3. Durante esta octava de Pascua, diariamente después del almuerzo, sube a Eleona el obispo con todo el clero y todos los neófitos —los recién bautizados—, todos los que son apotactites, hombres y mujeres; como también aquellos de entre los fieles que lo desearen.

Se entonan himnos, se elevan plegarias, tanto en la iglesia de Eleona —donde se encuentra la gruta en la que Jesús instruía a sus discípulos—, como en el Imbomón, esto es, el lugar desde el cual el Señor subió a los cielos.

4. Y después que fueron dichos los salmos y se dijeron las preces, se desciende cantando himnos hasta la Anástasis, a la hora del lucernario. Esto se repite durante todos los ocho días (50). Empero el domingo de Pascua, después de terminado el lucernario en la Anástasis, la muchedumbre acompaña entre himnos al obispo hasta Sión (51).

5. Una vez allí, se entonan himnos apropiados al lugar y al día, se eleva una oración y se lee el pasaje del Evangelio, cuando el Señor, ese mismo día y en ese preciso lugar en el que se levanta la iglesia de Sión, estando las puertas cerradas se llegó a sus discípulos; cuando uno de ellos, Tomás, no estaba presente, que luego volvió y al decirle los otros apóstoles que habían visto al Señor, les responde: "Yo no creo, si no lo viere" (Juan, 20, 19-25).

Luego de esta lectura, se eleva de nuevo una plegaria, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y cada uno se marcha a su casa, tarde, más o menos a la segunda hora de la noche (las 20).

XL. Día de la octava de Pascua

1. El domingo, día octavo de Pascua, después del oficio de la hora sexta (mediodía), asciende todo el pueblo con el obispo a la Eleona. Primero se detiene un tiempo en la iglesia que allí se levanta, se entonan himnos, se dicen antífonas apropiadas al día y al lugar, y también se elevan plegarias conformes con el día y el lugar. Luego entre himnos se sube a la cumbre, al Imbomón, y en él se repite cuando se había hecho abajo. Al llegar la hora, todo el pueblo y todo los apotactites, cantando himnos, escoltan al obispo hasta la Anástasis. Se llega a la Anástasis a la hora habitual del lucernario.

2. Se reza el lucernio tanto en la Anástasis como en la Cruz. A continuación el pueblo todo, sin excepción, acompaña al obispo entre himnos hasta Sión. Cuando llegan, entonan himnos apropiados al día y al lugar, y todavía se lee el pasaje del Evangelio, cuando la octava de Pascua el Señor penetró en el lugar donde estaban los discípulos y reprobó a Tomás su incredulidad (Juan, 20, 26-29). Se lee el pasaje entero; después se eleva una plegaria y bendecidos los catecúmenos y también los fieles, según costumbre, cada uno regresa a su casa, como el domingo de Pascua, a la segunda hora de la noche (las 20).

XLI. De Pascua a Pentecostés

Desde Pascua hasta el día quincuagésimo, pentecostés, nadie ayuna aquí, ni siquiera los apotactites. En esos días, como durante todo el año, desde el primer canto del gallo hasta el amanecer, se realizan en la Anástasis las ceremonias habituales. También a la hora sexta y al lucernario. Los domingos, como de costumbre, se va al *Martyrium,* es decir, a la iglesia mayor. Desde allí, cantando himnos, se dirigen a la Anástasis.

En las ferias cuarta y sexta (miércoles y viernes) como en esos días nadie absolutamente ayuna, se va a Sión pero por la mañana, y se cumple todo en su orden (52).

XLII. Día cuadragésimo después de Pascua

La víspera del día cuadragésimo después de Pascua, que es feria quinta (jueves), después de la hora sexta (mediodía), todos se dirigen a Belén, donde se deberán celebrar las vigilias (53). Se cumplen en la iglesia de Belén donde se encuentra la gruta en la que nació el Señor.

Al otro día, jueves, cuadragésimo después de Pascua, se celebra una misa en la forma establecida. Predican los sacerdotes y el obispo en forma adecuada al día y al lugar. Después de esto, por la tarde, cada uno regresa a Jerusalén.

CICLO DE PENTECOSTES

XLIII. Pentecostés

1. El quincuagésimo día después de Pascua (54), domingo, que es día de grandísima fatiga para el pueblo, todo se cumple como siempre desde el primer canto del gallo. Se vela en la Anástasis para que el obispo lea el pasaje del Evangelio, que siempre es leído todos los domingos, el de la resurrección del Señor. Después, se llevan a cabo en la Anástasis las ceremonias habituales en todo el año.

2. Al llegar la mañana, todo el pueblo va en procesión a la iglesia mayor, al *Martyrium.* Allí se cumple todo conforme a la costumbre. Los sacerdotes predican y luego el obispo y se realiza todo lo prescrito; es decir, se ofrece la oblación como es de práctica los domingos; pero se acelera la despedida del *Martyrium,* para que tenga lugar antes de la hora tercera. Hecha la despedida en el *Martyrium,* todo el pueblo sin excepción, acompaña al obispo, cantando himnos, hasta Sión, de modo que se encuentren allí justo a la hora tercera (las 9) (55).

3. Llegados, se lee el pasaje de los "Hechos de los Apóstoles" cuando el Espíritu descendió y todos oyeron hablar todos los idiomas, y todos comprendían lo que se decía (Hech., 2, 1-12). Después tiene lugar regularmente la misa (56). Los presbíteros se basan en el texto leído, según el cual el lugar es Sión —pues, hoy existe otra iglesia— donde antiguamente después de la pasión del

Señor se congregaba la multitud con los apóstoles. Allí sucedió cuanto acabamos de decir y que también se lee en los "Hechos de los Apóstoles".

Luego con su orden, tiene lugar la misa. Se realiza la oblación y al momento de despedir al pueblo, el archidiácono en alta voz dice: "Inmediatamente después de la hora sexta (mediodía), encontrémonos hoy en Eleona, junto al Imbomón" (57).

4. Vuelve, pues, cada uno a su casa para reposar. En seguida después del almuerzo se asciende al Monte de los Olivos, es decir, a Eleona, cada uno como puede, y de manera tal que ni uno de los cristianos permanece en la ciudad, sino que todos van.

5. Una vez que se ha subido al Monte de los Olivos, a Eleona, se va primero al Imbomón; vale decir, al lugar desde donde el Señor subió a los cielos (58). Allí se sienta el obispo y los sacerdotes, e igualmente todo el pueblo; se leen lecciones, se intercalan himnos y se entonan antífonas apropiadas al lugar y al día. Las oraciones que se intercalan tienen también expresiones referentes al lugar y al día.

Se da lectura asimismo al pasaje del Evangelio que refiere la ascensión del Señor. Además se lee nuevamente el texto de los "Hechos de los Apóstoles" que habla de la ascensión del Señor a los cielos después de la resurrección (Marc., 16, 19; Luc., 24, 50-53; y Hechos, 1, 4-13).

6. Hecho esto, se bendice a los catecúmenos y luego a los fieles; y a la hora novena (las 15) se desciende. Entre cantos de himnos se va a la otra iglesia, que también está en Eleona, es decir, la gruta en la que el Señor se sentó para enseñar a los apóstoles. Al llegar allí —es ya más de la hora décima— se reza el lucernario, se dice una oración y se bendice a los catecúmenos y después a los fieles. El pueblo entero, sin excepción, desciende entre himnos, todos acompañando al obispo, entonando himnos y antífonas apropiadas al día; así con mucha lentitud se llega al *Martyrium*.

7. Al alcanzar la puerta de la ciudad es ya de noche y de la iglesia se traen luminarias, al menos doscientas, para la muchedumbre. Desde la puerta —como el camino hasta la iglesia mayor, el *Martyrium,* es largo— se llega como a la segunda hora de la noche (las 20). La marcha es lenta a causa del pueblo por temor que se fatigue, por ir a pie.

Se abren las puertas que dan a la calle y el pueblo todo penetra en el *Martyrium* en compañía del obispo, cantando himnos (59). Una vez allí se cantan himnos, se eleva una oración y se bendice a los catecúmenos y luego a los fieles. De ahí salen de nuevo cantando himnos para ir a la Anástasis.

8. Del mismo modo en la Anástasis se entonan himnos y antífonas y se hace una oración y son bendecidos los catecúmenos y los fieles. Igual cosa se realiza en la Cruz. Y nuevamente todo el pueblo cristiano, sin excepción, conduce entre himnos al obispo hasta Sión.

9. Al llegar, se tienen lecturas apropiadas, se entonan salmos y antífonas, se eleva una plegaria, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y se despiden. Hecha la despedida, todos se acercan al obispo para besarle la mano y se va luego cada uno a su casa, quizá hacia la media noche.

Este día debió soportarse una gran fatiga, pues ya desde el primer canto del gallo se velaba en la Anástasis y durante toda la jornada no se tuvo descanso. De tal manera se prolongaron las ceremonias que al retirarse de Sión, todos habrán entrado en sus casas a la media noche.

XLIV. Después de Pentecostés (60)

1. Conforme a la costumbre de todo el año, desde el día siguiente a Pentecostés, todos ayunan según sus posibilidades con excepción del sábado y del domingo; días en que nunca se ayuna en estos lugares. Del mismo modo en los días que siguen se rezan las vigilias en la Anástasis desde el primer canto del gallo, como a lo largo de todo el año.

2. Si es domingo, al canto del gallo, el obispo lee en el interior de la Anástasis, según costumbre, el pasaje evangélico sobre la resurrección del Señor, lo cual siempre se lee los domingos. Se entonan luego himnos y antífonas en la Anástasis hasta el amanecer. Si no es día domingo, se entonan himnos y antífonas tan sólo, también en la Anástasis y desde el primer canto del gallo hasta el amanecer.

3. Todos los apotactites participan; del pueblo, sólo quienes pueden y los clérigos toman parte por turno. Los clérigos están

presentes ya desde el primer canto del gallo; el obispo siempre va al alba para ofrecer la oblación matutina con todos los clérigos. Se exceptúa el domingo que debe ir desde el primer canto del gallo para la lectura del Evangelio en la Anástasis.

A la sexta (mediodía) se realizan las ceremonias habituales en la Anástasis; igualmente a la novena (las 15) y al lucernario se cumple siempre lo acostumbrado durante el año entero. En la cuarta y sexta ferias (miércoles y viernes) el oficio de nona tiene siempre lugar en Sión.

LITURGIA BAUTISMAL

XLV. Inscripción para el bautismo

1. He considerado un deber describiros cómo se instruye aquí a los que serán bautizados en Pascua. El que da su nombre, lo hace la vigilia de cuaresma (61). Un sacerdote anota los nombres de todos. Esto se realiza con anterioridad a las ocho semanas durante las cuales, dije, se observa aquí la cuaresma.

2. Cuando el sacerdote hubo anotado el nombre de todos, al siguiente día —principio de la cuaresma—, día en que comienzan las ocho semanas, se emplaza un sitial para el obispo en el centro de la iglesia mayor.

A ambos lados se sientan los sacerdotes en sus sillas y todos los clérigos permanecen de pie. Luego, de uno a uno, se acercan los competentes (62). Si son hombres, acompañados de sus padrinos; y si son mujeres, con sus madrinas (63).

3. El obispo interroga entonces acerca de él, a cada uno de sus vecinos, en estos términos: "¿Lleva una vida honesta? ¿Respeta a sus padres? ¿Se entrega a la bebida o a la mentira? E indaga sobre los vicios más graves entre los hombres.

4. Si es juzgado sin reproche por todos aquellos a quienes se interrogó en presencia de testigos, con su propia mano el obispo anota el nombre. Pero si se le acusa de algo, lo manda salir diciendo: "Que se enmiende y cuando se hubiese enmendado que se acerque para el bautismo". De este modo interroga a los hombres y luego a las mujeres. Los forasteros con menos facilidad se acercan para el bautismo, a menos que tengan testigos que los conozcan (64).

XLVI. La Catequesis

1. Señoras y hermanas mías, para que no penséis que se obra aquí con inconsideración, me hago un deber escribiros. Existe la costumbre que aquellos que vienen para el bautismo durante los cuarenta días de ayuno, sean exorcizados temprano por los clérigos, no bien se retiran de la Anástasis por la mañana (65). Se coloca luego un sitial para el obispo en el *Martyrium,* en la iglesia mayor; y cuantos deben bautizarse, hombres y mujeres, se sientan en círculo cerca del obispo. Se encuentran presentes en el lugar también los padrinos y las madrinas; y aquellos de entre el pueblo que desearen escuchar, pero tan sólo los fieles, entran también y se sientan.

2. Ningún catecúmeno entra, mientras el obispo enseña la ley; que lo hace de este modo: Comenzando por el Génesis, durante esos cuarenta días, recorre todas las Escrituras; explicando primero el sentido literal y después el espiritual (66). Del mismo modo se los instruye también, en esos días, sobre la resurrección e igualmente sobre todo lo referente a la fe. Esto es lo que se llama la catequesis.

3. Al cabo de cinco semanas de instrucción, reciben el Símbolo, cuya doctrina se les explica como la de las Escrituras, frase por frase; primero el sentido literal y luego el espiritual (67). De este modo se les expone el Símbolo.

Así es como en estos países todos los fieles siguen las Escrituras cuando se leen en las iglesias, pues han sido instruidos durante esos cuarenta días, desde la hora primera a la tercera. La catequesis dura tres horas.

4. Dios sabe, señoras y hermanas mías, que los fieles que van a escuchar la catequesis muestran más entusiasmo ante lo que dice y explica el obispo, que cuando preside y predica en la iglesia sobre los mismos puntos.

Al terminar la catequesis, a la hora tercera, de inmediato se acompaña al obispo cantando himnos hasta la Anástasis donde se hace la despedida a la hora tercera; de modo que la instrucción se realiza por tres horas diarias durante siete semanas.

En la octava semana de cuaresma, llamada semana mayor, no se dispone ya de tiempo para instruirlos, pues deben ser realizadas todas aquellas cosas de las que más arriba hablé.

5. Transcurridas las siete semanas, queda sólo la de Pascua, aquí llamada semana mayor. Entonces de mañana, el obispo va a la iglesia mayor, al *Martyrium;* y detrás, en el ábside, después del altar, se le coloca un sitial. Luego se acercan todos, de a uno, los hombres con sus padrinos y las mujeres con sus madrinas para recitarle el Símbolo (68).

6. Después de la recitación del Símbolo, el obispo dirige a todos su palabra y les dice: "Durante estas siete semanas fuisteis instruidos en toda la ley contenida en las Escrituras, como también escuchasteis hablar de la fe. Se os habló, asimismo, sobre la resurrección de la carne; e igualmente de toda la doctrina del Símbolo; y pudisteis entenderlo aun cuando sois catecúmenos. Empero las palabras que se refieren a un misterio más profundo, el del bautismo, no las podréis entender, pues sois tan sólo catecúmenos. Y para que no juzguéis que algo se haga sin razón, cuando seáis bautizados en nombre de Dios, durante los ocho días pascuales, después de la despedida de la Anástasis, seréis instruidos; pero ahora, como todavía sois catecúmenos, no pueden seros revelados los más profundos misterios de Dios" (69).

XLVII. Catequesis Mistagógicas

1. Después, durante los ocho días de la Pascua —esto es, desde Pascua hasta la octava—, cuando fue hecha la despedida de la iglesia, cantando himnos se va a la Anástasis, donde pronunciada una oración y bendecidos los fieles, el obispo de pie, apoyado en el cancel interior de la gruta de la Anástasis, explica cuanto se hace en el bautismo (70).

2. Durante este tiempo ningún catecúmeno penetra en la Anástasis. Sólo entran los neófitos y los fieles que desean escuchar las explicaciones de los misterios. Se cierran las puertas para que no se acerque ningún catecúmeno. Mientras el obispo expone estas verdades y las explaya, se levantan tales voces de aprobación, que se oyen desde fuera de la iglesia. En verdad desentraña los misterios con tal competencia, que ninguno puede permanecer insensible ante lo que de este modo escucha explicar (71).

3. Y como en esta provincia, una parte de la población conoce el griego y el sirio; otra, tan sólo el griego; y otra, sola-

mente el sirio; el obispo, aun cuando sabe el sirio, predica siempre en griego y nunca en sirio; por esta razón siempre se encuentra un sacerdote que, mientras habla el obispo, traduce al sirio las explicaciones para que todos entiendan (72).

4. También para las lecturas que se realizan en la iglesia, como deben hacerse en griego, hay siempre alguno que las traduce al sirio para que el pueblo se instruya. Lo mismo para los latinos que aquí se encuentran, y que ignoran tanto el sirio como el griego, para que no se cansen reciben también ellos las explicaciones, pues, como hay hermanos y hermanas que saben griego y latín, se las dan en latín (73).

5. Pero lo que aquí impresiona sobremanera y admira sobre todo es que siempre, tanto los himnos como las antífonas y las lecturas, al igual que las oraciones que pronuncia el obispo, expresan los pensamientos adaptados al día recordado, y apropiados al lugar en el que se celebra.

XLVIII. La dedicación de las iglesias

1. Se llama fiesta de las Encenias (dedicación) al día en que fue consagrada la venerable iglesia que se levanta en el Gólgota, llamada *Martyrium,* y la santa iglesia construida en la Anástasis —es decir, el lugar donde resucitó el Señor después de su pasión—, que fue dedicada también a Dios en el mismo día (74). Las Encenias de estas santas iglesias se celebran con gran solemnidad porque en ese día se descubrió la Cruz del Señor (75).

2. Por eso se estableció que el día en que se consagrasen por primera vez las venerables mencionadas iglesias, coincidiese con la fecha en que la Cruz del Señor fue hallada, para que tal día se celebrase con gran regocijo.

En las Santas Escrituras se afirma que el día de las Encenias fue aquel en el cual Salomón, después de haber concluido la casa de Dios que había él edificado, permaneció ante el altar y rezó como está escrito en el libro de los Paralipómenos (II, 7-8 y sigs.).

XLIX. Celebración de las Encenias

1. Cuando llega esta fecha de las Encenias, se celebra durante ocho días; pues, muchos días antes comienzan a congregarse de todas partes turbas de monjes y de apotactites, no sólo de las provincias de la Mesopotamia, Siria, Egipto y la Tebaida, donde viven numerosos monazontes, sino también de otros lugares y provincias. No hay, en efecto, quien no se encamine a Jerusalén en un día de tanta alegría y distinguida solemnidad.

También los seculares, tanto hombres como mujeres, se congregan con piadoso interés en Jerusalén con motivo de ese día santo; e igualmente de todas las provincias.

2. En cuanto a los obispos, cuando son pocos en estos días en Jerusalén, pasan de cuarenta o cincuenta, y con ellos acuden muchos clérigos.

¿Y qué más? Cree haber incurrido en grave pecado quien en estos días no participe en una solemnidad tan grande. A menos, naturalmente, que una necesidad contraria aparte a uno de tan buen propósito.

En estos días de las Encenias, la ornamentación de todas las iglesias es la misma que en Pascua y Epifanía; y así también, cada día se va de peregrinación a diversos lugares santos como por Pascua y Epifanía. El primero y segundo día se va a la iglesia mayor, que se llama *Martyrium*. El día tercero, a Eleona, esto es, a la iglesia que se alza en el monte desde el cual ascendió el Señor a los cielos después de su pasión, en cuyo interior se conserva la gruta, en la cual el Señor instruía a sus apóstoles, en el Monte de los Olivos. El día cuarto... (76).

NOTAS

* Para mejor comprensión de esta II Parte véase la nota de la página..., que precede al plano de los Monumentos Constantinianos.

1. La falta de relojes en la antigüedad era la causa de la notable importancia que tenía en la vida cotidiana el canto del gallo; en la liturgia, de un modo especial. Todavía hoy en ella existen referencias que recuerdan los tiempos en que era indispensable este recurso natural para conocer la hora.

2. Monazontes es la palabra con que se designaba en Jerusalén a los monjes, y *parthenae* (vírgenes) a las religiosas. Parece que tenían su habitación en la colina de Sión; de ahí la expresión de nuestra autora: "desciende" a la Anástasis, por ejemplo.

3. Las vigilias revestían especial importancia en las cristiandades de los primeros siglos. Interpretaban la admonición de N. S. Jesucristo: "Vigilad y orad". A ellas participaban diariamente los monjes, los clérigos según su turno y los laicos que lo deseaban. Como se verá, por lo que dice nuestra autora, eran siempre muy concurridas por estos madrugadores cristianos de Palestina.

4. La antífona, para H. Leclerq —en su estudio del *Dictionnaire de archéologie et de liturgie chrétienne*— es una pieza litúrgica diferente a los salmos, que se desarrollaba alternando entre el lector y el coro, o entre dos coros; como se ve difiere de la actual. Por himnos, en el texto, debe entenderse toda clase de cantos religiosos.

5. El actual oficio de *Laudes*.

6. Es lo que llamamos hoy un *memento,* ya sea de vivos como de fieles difuntos, que hoy se encuentra en la liturgia de la Misa; pero que en la antigüedad tenía también lugar en otros oficios litúrgicos. Los nombres de permanente recuerdo estaban escritos en tablas o dípticos.

7. El *licinicon* o *lucernarium* (encender las luces), es el oficio que tomará más tarde el nombre de *vísperas* del actual oficio *(sacrificium* u *officium vespertinum* —sacrificio u oficio vespertino).

8. Es notable la importancia que tenía esta función en aquellos tiempos, y aun cuando análoga a la de la mañana, sin embargo revestía mayor solemnidad y quedaba señalada con la presencia del canto de los niños.

9. "Ir ante la Cruz" o "ir detrás de la Cruz" son dos formas usadas por la autora para indicar el acto de encaminarse al Calvario (véase nota aclaratoria del plano). La primera de las dos expresiones indican que se encaminaban hasta donde se hallaba el cubo rocoso coronado de la Cruz, en el extremo sudeste del atrio comprendido entre la Anástasis y el *Martyrium.* La segunda expresión —"después de la Cruz"— se refiere a la capillita existente al lado sur del cubo, entre éste y el *Martyrium.* Véase plano. En esta edícula se celebraban algunas ceremonias especiales como la adoración del sagrado leño de la Cruz en Viernes Santo (ver XXXVII, 2-3).

10. Tertuliano es el primer escritor latino que usa el término *domingo*

(dominicus dies, día del Señor) para indicar el primer día de la semana, primera feria, o la *prima sabbati* de los judíos.

11. Se refiere al *Martyrium.*

12. "Dar gracias a Dios", aquí, ¿se refiere al sacrificio eucarístico? Esto es lo que significa Eucaristía; pero parece dudoso, pues Eteria casi siempre menciona el santo sacrificio con la palabra "oblación" y alguna vez con "misa".

13. La insistencia de la autora en llamar la atención sobre esta característica de la liturgia de Jerusalén, revela cuán novedosa era para ella.

14. Sión, parte alta de la ciudad, al sudeste, era el lugar donde se hallaba el Cenáculo de la última cena y en el cual los apóstoles esperaron al Espíritu Santo.

15. En este lugar del manuscrito se produce una laguna por la falta de una hoja; vale decir, dos páginas escritas. Laguna que nos impide conocer hermosos pormenores sobre la celebración de la Navidad, pues en esto consistía la Epifanía en Oriente. El 25 de diciembre es la fecha de la iglesia latina y se conocerá más tarde en Oriente.

16. Esta fiesta se celebraba en Belén; celebradas las vigilias solemnes y la santa Misa, volvían en procesión a Jerusalén, donde en la iglesia mayor tenía lugar una segunda Misa, a eso de la aurora.

17. Iglesia, que se encontraba más abajo de la cumbre del Monte de los Olivos. En ella se conservaba una venerable gruta, donde el Señor instruía a sus apóstoles especialmente en los días anteriores a su pasión.

18. Unos 2.200 m. *Lazarium* o iglesia de Lázaro, había sido construida para conmemorar la resurrección de Lázaro.

19. Parece que siempre fueron muy numerosos los conventos en Belén. Los nombres de Casiano y San Jerónimo con la gente que de Roma lo había acompañado para establecerse allí con él, dan buena prueba de ello.

20. Sin nombrarla se refiere a la venerable fiesta de la Presentación del Señor en el templo. Su principal característica es la procesión. Más tarde será la fiesta de las luces: Fiesta de la Candelaria.

21. "Celebrar los sacramentos", "Celebrar los misterios", otra expresión para indicar la santa Misa.

22. Siempre y por doquiera se llamó a este tiempo de ayuno, cuaresma; no deja de llamar la atención este nombre dado por la autora, que significa fiestas.

23. Por motivo de mayor claridad ponemos al lado de la feria, entre paréntesis, el nombre que actualmente entre nosotros tiene cada día de la semana.

24. En Palestina, especialmente en Jerusalén, recibían el nombre de hebdomadarios, los fieles que hacían ayuno toda la semana entera, con excepción de una comida que tomaban el sábado después de la comunión, y otra el domingo antes de comenzar una nueva semana de ayuno.

25. Este texto prueba la frecuencia de la comunión en aquellos tiempos, sobre todo la dominical.

26. No deja de llamar la atención este deseo de practicar el ayuno entre los cristianos de los primeros siglos; San Agustín cita el caso de quien ayunaba los cuarenta días absolutamente. Esta libertad que pondera Eteria, indica que no había una legislación especial eclesiástica, por no ser necesario imponer algo que todos hacían con la más generosa voluntad.

27. Entre "harina" y "así se cumple la cuaresma" existe una laguna en el texto, que se ha tratado de llenar de diversas maneras por los estudiosos.

28. Otra laguna, quizás diría "del tiempo de cuaresma".

29. Archidiácono es un título de honor y confianza otorgado a un diácono. En la adminsitración disfrutaba de poderes casi episcopales. Sus funciones variaron según los lugares y con los tiempos.

30. Sobre el *Lazarium,* ver nota 18.

31. Betania dista de Jerusalén quince estadios (Juan, XI, 18), o sea, 2 Kms. y 700 ms. Eusebio señala el sepulcro de Lázaro a 2 millas (unos 3 Kms.) de Elia.

32. Algo más de 700 ms.

33. La palabra "Pascua" en los primeros siglos designó los tres días santos: de aquí la exactitud de "triduo pascual" o "semana pascual" (S. Ambrosio, Ep., XXIII, 13) correspondientes a nuestra "semana santa", o al de "semana mayor" usado en el texto, por San Juan Crisóstomo y por las *Constitutiones Apostolicae.*

34. Ver nota 17.

35. En el Monte de los Olivos, y aún hay varios templos dedicados a perpetuar la memoria de la vida de Jesús y de su Stma. Madre. En el de la Eleona, se conservaba una de las grutas, que Eusebio incluye en la expresión de "las tres grutas místicas" (ésta, la de Belén y la del Santo Sepulcro) y que Constantino y su madre Santa Elena "embellecieron con grandes y espléndidos edificios" *(De laud. Const.,* IX, 17).

36. El Imbomón era el templo situado en la cima del Monte de los Olivos, más arriba de Eleona. Es la verdadera iglesia de la Ascensión. Significa probablemente: "iglesia de la cima"; única en su género; era una grandiosa rotonda (32 ms. de diámetro circundada de 3 órdenes de columnas concéntricas, que sostenían un doble pórtico circular) "a cielo descubierto como para que todos pudiesen ver el cielo a donde había subido el Salvador" (San Jerónimo).

37. En realidad, ningún evangelista menciona a los niños entre las turbas que aclamaron a Jesús. Sólo San Mateo los menciona aclamándolo en el interior del templo (XXI, 15-16). Quizás por esto, la Iglesia y su liturgia les da cabida en el canto *"Pueri hebraeorum"* del Domingo de Ramos.

38. El Jueves Santo se ofrecía el sacrificio eucarístico en el lugar del Gólgota y no, según pareciera, en Sión, donde estaba el Cenáculo. Pero conviene notar que la Cena no es otra cosa que el primer acto de la Pasión. "Por una razón dogmática —escribe J. B. Thibaut— de una soberana conveniencia, la iglesia de Jerusalén conmemoraba el Jueves Santo la Cena del Señor sobre el Calvario para demostrar la unidad del sacrificio eucarístico con el de la Cruz" *(Ordre des offices de la Semaine Sainte,* págs. 27 y 49-50).

39. Probablemente esta estación se realizaba al aire libre.

40. 41. Esta columna es mencionada por primera vez en 333 por el peretrino de Burdeos. Fue trasladada a Sión, donde Santa Paula la veneró en 386 (San Jerónimo, Ep., CVIII, 9).

41. El año 326 en presencia de Santa Elena se identificó el sagrado leño de la Cruz. San Cirilo, obispo de Jerusalén, asegura que en 347 se enviaron pedazos de la Cruz a diversas iglesias del mundo.

42. El título es la inscripción mencionada en el Evangelio (Mateo XXVII, 37), encontrada también por Santa Elena con la santa Cruz.

43. La palabra usada por la autora es cuerno, que hemos traducido por ampolla. La Consagración de los reyes se hacía derramando aceite sobre la cabeza del elegido; aceite contenido en un cuerno (Cf. I Reyes, XVI, 1).

44. El manuscrito sufre en este lugar otra laguna.

45. Es decir, en la pequeña edícula erigida al lado del monumento del Calvario. Ver notas 9 y 38. Dadas sus cortas dimensiones hay que suponer que, mientras la multitud estaba en el atrio, uno a uno entraban por una puerta de la capilla y después de adorar el sagrado leño, salían por otra puerta.

46. Con estas palabras nos priva la autora de la descripción de las ceremonias de la gran vigilia del Sábado Santo. Para su mayor conocimiento puede leerse el Cap. II de la tercera parte de *La Catequesis Antigua* de A. Seage, Edit. Apis, Rosario (R.A.), 1954.

47. Por neófitos se entiende los recién bautizados, cualquiera fuera su edad. Se bautizaba por inmersión despojados previamente de sus vestidos, símbolo del "hombre viejo", el hombre del pecado. Al salir de la fuente bautismal se les ponía ropa blanca, que conservaban toda la semana, hasta el domingo siguiente, *in albis deponendis*.

48. La autora anteriormente había mencionado otra procesión de recién bautizados en XV, 5.

49. Como puede verse la vigilia del Sábado Santo tenía dos misas; una en el *Martyrium,* a la cual asistían los neófitos por primera vez y recibían la primera Comunión; la segunda en la Anástasis, más breve para poder dar término a la vigilia.

50. Además de esta ceremonia, los neófitos tenían cada día de esta semana una reunión en la Anástasis, en la cual el obispo les exponía los "misterios" —Catequesis Mistagógicas— como puede verse, en XLVII, más adelante.

51. La autora después de haber hablado de la semana de Pascua, vuelve ahora a mencionar una ceremonia de la tarde del día de Pascua.

52. Durante el año se iba a Sión los días de ayuno, miércoles y viernes, pero por la tarde, hora novena; empero durante estos 50 días, en que nadie ayuna, se va por la mañana.

53. Es notable que la fiesta de la Ascensión del Señor a los cielos, tanto la vela de la noche del miércoles al jueves, como la función del mismo jueves, se realizase en Belén en el santuario de la Navidad; cuando lo lógico sería que fuese en la cumbre del Monte de los Olivos, en el Imbomón (ver nota 35).

54. Es la fiesta de Pentecostés.

55. Los oficios dominicales se realizaban con cierta premura para poder hallarse en el Cenáculo, monte Sión, a la hora cabal de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, en ese mismo lugar.

56. Aquí no se trata de una despedida (misa), sino del sacrificio eucarístico.

57. No se indica la iglesia Eleona, sino que con este nombre también se llamaba todo el Monte de los Olivos. La meta de la procesión es el Imbomón, la cumbre sobre la que se elevaba el templo para honrar la Ascensión (nota 36).

58. Como se puede observar ésta es la parte de la festividad destinada a celebrar, en su propio lugar histórico, la Ascensión del Señor a los cielos, que había sido celebrada en su día, en Belén (véase nota 53).

59. Se trata de las puertas del *Martyrium* que daban al propileo, en el extremo oriental del edificio, y por las cuales se entraba al atrio. El texto dice que las puertas daban a *quintana pars,* que Eusebio llama ágora y que también pudiera ser la calle del mercado.

60. Nuestra autora omite indicar que Pentecostés tenía, sin duda, una octava muy solemne. Este capítulo, además, nada nuevo indica; es un resumen de lo que se hacía a lo largo del año.

61. La ceremonia inicial para las Catequesis prebautismales, era ésta, en la cual el catecúmeno daba su nombre. La fecha no era la misma en todas partes, pero era siempre al principio de la Cuaresma.

62. Competente era el catecúmeno que iniciaba la última etapa de su catecumenado, la preparación inmediata para el bautismo.

63. La costumbre de los padrinos es muy antigua en la Iglesia, ya nos lo atestiguan escritores tan primitivos como Justino y Tertuliano. Los padrinos salían ante la Iglesia de fiadores de la conducta e instrucción del neófito.

64. Durante el catecumenado, el candidato para hacerse cristiano debía participar en las ceremonias del culto no reservadas a los fieles, cumplir con ciertas prácticas de ascesis, como los ayunos, y espécialmente cumplir con la ley de Dios e instruirse en la doctrina cristiana. Este examen, acerca de su conducta, era para constatar su cumplimiento y en ese caso se anotaba como competente pra recibir una instrucción más esmerada y merecer acercarse al bautismo en Pascua; de lo contrario debía continuar en el catecumenado hasta que diera pruebas de buena voluntad. Sobre estas prácticas de la Iglesia antigua, además del mencionado libro de A. Seage, *La Catequesis Antigua,* puede verse con mucho fruto el tomo I de esta Colección, titulado *Tratado Catequístico,* de San Agustín.

65. Los exorcismos, la imposición de las manos, el gustar la sal bendita, etc., que hoy se realizan rápidamente antes del bautismo, son prácticas litúrgicas de hondo sentido espiritual, sacramentales de eficacia purificadora. En la liturgia bautismal antigua se realizaban con frecuencia durante las etapas catecumenales.

66. Toda la exégesis patrística hasta el siglo V gira sobre estos dos ejes: interpretación literal y espiritual *(Carnaliter, spiritualiter)* de la divina Escritura. Es interesante comprobar aquí cómo se trataba de enriquecer a los fieles con un buen conocimiento de la palabra de Dios a base de la Escritura.

67. Esta ceremonia se llamaba *Traditio symboli* (entrega del Símbolo). El catecúmeno debía aprenderlo de memoria. En las *Catequesis* de San Cirilo se halla explicado el usado en Jerusalén, substancialmente es nuestro Credo, llamado *apostólico*.

68. Esta ceremonia venía a ser la segunda parte de la anterior, se llamaba *Redditio symboli* (devolución del Símbolo) porque el componente debía recitarlo de memoria en señal no sólo de que lo sabía sino de que lo creía. En Roma, el candidato al bautismo cumplía con este requisito, pronunciándolo desde un lugar elevado delante de todos los fieles reunidos, para dar así un solemne testimonio de su fe en Cristo y en su Iglesia.

69. Este discurso corresponde al que se encuentra en la Catequesis de San Cirilo (XVIII, 32-33) y es también el anuncio de otras catequesis más profundas que se les harían después del bautismo durante la octava de Pascua.

70. Esta es la instrucción especial prometida y que constituye la segunda parte de la Catequesis de San Cirilo. Recibía el título de Catequesis Mistagógica, es decir, de los misterios. Modelo de ellas, puede verlo el lector en el tomo II de esta Colección, titulado "Los Sacramentos y Los Misterios", son la versión taquigráfica de las catequesis mistagónicas pronunciadas en Milán, por San Ambrosio, Padre y Doctor de la Iglesia.

71. San Cirilo también deja constancia del entusiasmo que despertaban en los oyentes las explicaciones de los misterios referentes a los tres sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía (XIII, 23).

72. La lengua oficial de la iglesia oriental fue por mucho tiempo el griego; pero como se puede ver no faltaba la forma de hacer conocer a todos los oyentes la doctrina. El griego, por otra parte, era conocido, un poco más o menos, por todos.

73. Durante los siglos IV y V, eran muchísimos los monasterios erigidos en la Tierra Santa por monjes de todas las partes de la Cristiandad, que conservaban sus costumbres y su lengua. San Jerónimo indica que en los funerales de Santa Paula, en Belén, se cantaron salmos en griego, latín y siríaco (*Eps.*, CVIII, 29).

74. Las fiestas de la dedicación de los monumentales templos constantinianos en 335, fueron algo tan extraordinario por la solemnidad, que todos los historiadores de la época han dejado memoria para el futuro sobre el acontecimiento.

75. Esta fecha era el 12 ó 15 de septiembre de 326. Más tarde esta fiesta alcanzó una solemnidad todavía mayor con el nombre de Exaltación de la Santa Cruz, para conmemorar el hecho histórico de la entrada en Jerusalén, llevado por el emperador Heraclio, del madero de la Cruz (año 630) transportado a Persia en 614 por Cosroes.

76. La crónica de Eteria no llegó completa hasta nuestros días. Aquí queda definitivamente interrumpida y con ella también nuestra traducción. En la cual hemos mantenido —hasta donde era posible y aún con riesgo de hacerla vulgar y pobre— la frescura de su originalidad, afeada por un lamentable estilo.

INDICE

		Páginas
Presentación		3
Introducción		4

PRIMERA PARTE

Excursiones

I.	Llegada al Monte Sinaí	13
II.	El Valle	13
	El Sinaí	14
III.	Subida al Monte Sinaí	14
IV.	El Monte Horeb	16
	La Zarza	17
V.	Otros recuerdos Bíblicos	18
VI.	De Farán a Clysma	20
VII.	De Clysma a Arabia	21
VIII.	Ramesés	23
IX.	Arabia	24
	La Tierra de Gosén	24
X.	El Monte Nebo	25
XI.	El agua de la roca	26
XII.	El sepulcro de Moisés	27
XIII.	La Tumba de Job	29
XIV.	Algo más sobre Salem	30
XV.	"El Jardín de San Juan"	31
XVI.	Recuerdos del profeta Elías	32
XVII.	Plan de viaje a la Mesopotamia	33
XVIII.	Hacia el Eufrates	34
XIX.	Ciudad de Edesa	34
XX.	En la mansión de Abraham	37
XXI.	El pozo de Jacob	40
XXII.	Hacia Constantinopla	41
XXIII.	Otras ciudades hasta Constantinopla	41

SEGUNDA PARTE

Liturgia de la Iglesia de Jerusalén

Monumentos Constantinianos 53
XXIV. Liturgia de cada día 54
XXV. Oficio de la mañana 57

Ciclo de Epifanía

Epifanía 58
Octava de Epifanía 59
XXVI. Fiesta de la Presentación 60

Ciclo Cuaresmal

XXVII. Ayunos de Cuaresma 60
Liturgia de la semana cuaresmal 60
Los hebdomadarios 62
XXVIII. Otras formas de ayuno cuaresmal 63
XXIX. Séptima semana de cuaresma 63
XXX. Semana Mayor 65
XXXI. La Procesión de los ramos 65
XXXII. Lunes Santo 66
XXXIII. Martes Santo 67
XXXIV. Miércoles Santo 67
XXXV. Jueves Santo 67
XXXVI. Conmemoración de la agonía de Jesús 68
XXXVII. Viernes Santo 70
XXXVIII. Sábado Santo 72

Ciclo Pascual

XXXIX. Día de Pascua y siguientes 72
XL. Día de la Octava de Pascua 74
XLI. De Pascua a Pentecostés 74
XLII. Día cuadragésimo después de Pascua 75

Ciclo de Pentecostés

XLIII. Pentecostés 75
XLIV. Después de Pentecostés 77

Liturgia Bautismal

XLV. Inscripción para el Bautismo 78
XLVI. La Catequesis 79
XLVII. Catequesis Mistagógicas 80
XLVIII. La dedicación de las Iglesias 81
XLIX. Celebración de las Encenias 82

Plano de los Monumentos Constantinianos .
Mapa del Itinerario de Eteria .....